

## **BIENAVENTURANZAS Y AYES**



# **BIENAVENTURANZAS Y AYES**

**Emilio Díaz Ojeda**

*Bienaventuranzas y ayes*

**Publicado por Asociación Gracia Soberana**

C/ San Isidro, nº 55

21710 Bollullos Par del Condado (Huelva)

España

[www.icebollullos.org](http://www.icebollullos.org)

[bollullosice@gmail.com](mailto:bollullosice@gmail.com)

Primera edición de esta versión en español: 2021

Copyright 2021 © Asociación Gracia Soberana para esta versión española. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro se puede reproducir, guardar o transmitir en ninguna forma —electrónica, mecánica, fotocopiada, grabada, u otra— sin previo permiso del editor, a excepción de citas breves con el propósito de comentar.

Revisión de estilo: Cánovas Moreno, Demetrio

Diseño de la cubierta: Daniel Abad

Asesor musical: Santiago Míguez de la Rosa

El audio correspondiente a esta obra se puede oír o descargar gratuitamente en el sitio web arriba indicado

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960

© Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra

LBLA = La Biblia de las Américas © 1986, 1995, 1997 The Lockman Foundation. Usada con permiso

RVR 1909 = Versión Reina-Valera 1909

BT = Biblia Textual

ISBN: 978-84-124092-0-8

Depósito legal: H 161-2021

Impreso en España

*Printed in Spain*

# ÍNDICE

Prólogo .....	7
Bienaventuranzas y ayes (I) .....	9
Bienaventuranzas y ayes (II).....	23
Bienaventuranzas y ayes (III) .....	39
Bienaventuranzas y ayes (IV) .....	56



## PRÓLOGO

Los cuatro sermones que se recogen en la presente publicación fueron predicados en semanas consecutivas cuando los miembros de la Iglesia del Señor en Bollullos del Condado (Huelva) se reunían las tardes de los miércoles en los cultos de oración.

Su origen fue el intervalo de cuatro semanas que quedó desde que se concluyeron las predicaciones sobre las oraciones de los apóstoles en el Nuevo Testamento, estudio este que se prolongó durante siete años en las mencionadas reuniones, hasta las vacaciones en el mes de agosto. Es por eso por lo que fueron sermones muy condensados, existiendo en la bibliografía muchas otras cosas acerca de los mismos asuntos que el lector puede consultar.

La novedad, si la hay, en estos sermones, es que se contrasta en ellos el verdadero carácter del cristiano mostrado por el Señor en las bienaventuranzas, y la hipocresía latente del fariseo que todos llevamos dentro y que, si no la vigilamos, da lugar a una conducta que el propio Señor aborrece. Por tanto, constituyen una buena piedra de toque para que todo cristiano analice su fe y corrija en su propia vida las cosas que necesiten ser corregidas.

La base para estos sermones está tomada del comentario de Matthew Henry, aunque hay en ellos ideas y sugerencias propias del autor y otras derivadas de los comentarios de otros autores modernos y antiguos, que no se citan.

En cuanto a la condición de la Iglesia en el momento de los mensajes, cabe decir que estaba siendo, usando las palabras del Señor, zarandeada grandemente por Satanás (*cf.* Lc 22:31), por lo que los sermones sirvieron de piedra de tropiezo para algunos y de estímulo para otros, o, como dijera el apóstol Pablo, fueron ***olor de muerte para muerte de los que se pierden***, y ***olor de vida para vida de los que se salvan*** (2 Co 2:15-16).

La vuelta a las primeras enseñanzas en la fe cristiana, a sus bases, siempre es buena y necesaria, y lo fue para nuestra congregación, máxime cuando las bienaventuranzas estaban siendo olvidadas y la levadura de la hipocresía comenzaba su fermentación. De este modo, el Señor tuvo a bien usarlas como estímulo para unos y reconvención para otros, pues tenemos en ellas, en las bienaventuranzas y en los modos de manifestar la hipocresía religiosa, la regla infalible de la Palabra de Dios para examinarnos.

***Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos, y al Israel de Dios*** (Gá 6:16).

EL AUTOR

Bollullos del Condado, noviembre de 2020

## BIENAVENTURANZAS Y AYES (I)

4 de julio de 2018

Lectura introductoria: Salmo 69:9-13

*Porque me consumió el celo de tu casa;  
Y los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre  
mí.*

*Lloré afligiendo con ayuno mi alma,  
Y esto me ha sido por afrenta.*

*Puse además cilicio por mi vestido,  
Y vine a serles por proverbio.*

*Hablaban contra mí los que se sentaban a la puerta,  
Y me zaherían en sus canciones los bebedores.*

*Pero yo a ti oraba, oh Jehová, al tiempo de tu buena  
voluntad;*

*Oh Dios, por la abundancia de tu misericordia,  
Por la verdad de tu salvación, escúchame.*

En esta ocasión, vamos a hacer un estudio breve acerca del *carácter del cristiano*. Hay mucho en el Nuevo Testamento que nos habla de este asunto, pero creo que un lugar destacado es en las conocidas bienaventuranzas. En ellas no tenemos lo que cree el cristiano, sino lo que es y lo que debe hacer, y forman parte de un sermón del Señor en el que no pretende llenar nuestras cabezas de conceptos, sino mostrar cuál es y debe ser la vida del cristiano.

Ahora bien, en el Evangelio según Mateo, donde encontramos las bienaventuranzas, vemos también al final lo que es la antítesis de ellas, lo opuesto al verdadero cristianismo, y lo encontramos en palabras del propio Señor cuando se dirige a los escribas y fariseos. En el primer caso, en el capítulo 5, tenemos ocho bienaventuranzas, en las cuales se prometen bendiciones y se nos da el carácter de aquellos que tienen derecho a esas bendiciones. En el segundo, en el capítulo 23, tenemos ocho ayes en los cuales se prometen maldiciones y se da el carácter de aquellos que las tienen y las tendrán.

Por tanto, si nos fijamos en ambos pasajes, podemos vernos reflejados en uno u otro modo, y espero, y pido a Dios, y debemos pedir a Dios, que lo que veamos en ellos sirva para cambiar nuestras vidas. Las bienaventuranzas se oponen a los ayes, pero ambos se pronunciaron en la época del Evangelio. La ley de Dios también tenía sus bendiciones y sus ayes, pero así como las bendiciones del evangelio son superiores a las de la ley, también las maldiciones del evangelio son las más duras de todas. Las bienaventuranzas, las bendiciones, fueron pronunciadas por el Señor, pero también los ayes, y ambas cosas son notables no solo por la autoridad del que las pronunció, sino también por su mansedumbre y dulzura. El Señor vino a bendecir, pero, como se indica en el Salmo 2, si *se inflama su ira* (Sal 2:12), sin duda que tendrá motivo para ello. Y, si el Señor pronuncia un «ay», ¿quién suplicará en contra de este cuando el gran intercesor es el que maldice?

Las bienaventuranzas, aunque paradójicas, son bendiciones. Cristo dice que las personas que son de un modo determinado y viven de un modo determinado ya aquí gozan de felicidad, y tendrán, porque Cristo mismo lo promete, impor-

tantes bendiciones. Lo que se repite en este que podemos llamar cántico son las palabras: ***Bienaventurados los que...*** Ya son bienaventurados; pero, además, ***ellos*** serán, o alcanzarán, o verán o tendrán... otras bendiciones. En cuanto a los ayes, son maldiciones, porque un ay de Cristo es un ay sin remedio, y en ellos el estribillo duro del cántico es: ***¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!***

Las bienaventuranzas fueron pronunciadas por el Señor después de otro sermón al comienzo de su ministerio público en el que su texto fue: ***Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado*** (Mt 4:17), y en ellas nos muestra lo que es el verdadero arrepentimiento y a lo que conduce. Los ayes fueron pronunciados al final de dicho ministerio, y en ellos nos muestra el modo en que las personas pueden engañarse y engañar a otras respecto a su fe, a su vida y a su arrepentimiento.

Las bienaventuranzas las pronunció en un monte de Galilea, porque no hay un lugar especial para la santidad. Los ayes en Jerusalén, poco antes de su prendimiento. Para las primeras, Cristo se sentó (Mt 5:1); para los segundos, Cristo comenzó diciendo que eran los escribas y fariseos los que se sentaban ***en la cátedra de Moisés*** (Mt 23:2). Las primeras se dirigieron a sus discípulos, porque querían entender lo que les enseñaba; los segundos fueron contra los dirigentes, porque para ellos era locura la enseñanza del Señor. En ambos casos había multitud de gente alrededor que también oyó la enseñanza, y en ambos el Señor habló con la autoridad que lo caracterizaba (Mt 7:29).

El Señor enseñó mucho sin abrir su boca, por medio de su vida santa y ejemplar; enseñó más cuando, ***como cordero fue llevado al matadero, y no abrió su boca*** (Is 53:7), pero ahora en ambos casos, así como en otras ocasiones, el Señor

enseñó por medio de su palabra, conforme a la promesa: ***Todos tus hijos serán enseñados por Jehová*** (Is 54:13).

Y el Señor enseña el mal que debemos aborrecer y el bien en el que debemos permanecer y abundar si somos cristianos; porque el cristianismo no es asunto de especulación, ni de ideas en las mentes, ni de afirmaciones acerca de lo que se cree, sino de vida y de conducta; el cristianismo es para que seamos reformados, hechos buenos, cada vez mejores, para que seamos bienaventurados. En cambio, la hipocresía era la característica de los escribas y los fariseos, el resumen de lo que eran y hacían, la levadura que fermentaba todo lo que decían y hacían. La palabra hipócrita significa «actor de teatro», y un hipócrita en la religión cristiana es aquel que hace el papel de lo que no es, ni puede ser ni quiere ser. Los bienaventurados ya son felices mientras viven, y tendrán más bendiciones (***Mirad, pues, cómo oís; porque a todo el que tiene, se le dará; y a todo el que no tiene, aun lo que piensa tener se le quitará***: Lc 8:18); los hipócritas en religión ya son desgraciados en la vida porque su religión es vana y, cuando mueran, su ruina será grande.

Así que aquí, como en la antigüedad, cuando se pronunciaron las bendiciones y las maldiciones sobre los montes Gerizim y Ebal (cf. Dt caps. 27-28), tenemos ***la vida y la muerte*** ante nosotros (Dt 30:15,19), lo que Dios espera de nosotros, y lo que podemos y debemos esperar de él.

Hay mucho que decir acerca de las bienaventuranzas y los ayes, pero nuestro objetivo es hacer un estudio pequeño, aunque condensado, sobre ellos. Y, para comenzar, leeremos algo de ambos pasajes y pediremos la bendición de Dios.

***Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos. Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres en espíritu, porque***

*de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación...*

*Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen [...] Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido. Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis mayor condenación (Mt 5:1-4; 23:1-3, 12-14).*

## **1. Primera bienaventuranza y primer ay**

Comenzamos con ellas, con las bendiciones, porque de Cristo se dijo que en él serían ***benditas todas las familias de la tierra*** (Gn 12:3). No solo vino para conseguir bendiciones para nosotros, sino para pronunciar bendiciones sobre nosotros, porque, como dice el apóstol Pedro, ***fuiamos llamados para que heredásemos bendición*** (1 P 3:9). Y Cristo, en las bienaventuranzas, nos muestra quiénes son verdaderamente felices, qué carácter tienen, y en qué consiste la verdadera felicidad. La mayoría de la gente del mundo tiene un concepto equivocado acerca de la felicidad y, por tanto, no es extraño que extravíen su rumbo y su camino en la búsqueda de esta. En cambio, el Señor nos muestra la que es verdadera, y la que, por tanto, deben tener por objetivo todos los que se llaman cristianos. Los bienaventurados ya son felices, pero,

además, se les promete una bendición adicional que tiene que ver con el deber que se recomienda.

***Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.*** O al revés: «Desgraciados los altivos y soberbios, porque de ellos no es el Reino de los cielos». ***Los pobres en espíritu*** ya son felices —dice el Señor—, pero hemos de entender bien el significado de esto, porque hay una pobreza espiritual que es pecado. Los cristianos estamos llamados a ser ricos espirituales, a tener la mejor y mayor herencia, pero pobres en espíritu. ¿Qué significa esto?

Ser pobres en espíritu es, en algunos casos, ser pobres materiales con contentamiento, y en otros, vivir en esa condición sin aspirar a las cosas del mundo. Muchos son pobres en el mundo, pero no en espíritu, sino orgullosos, quejosos y murmuradores. Si somos pobres materiales y pobres en espíritu, reconoceremos la sabiduría de Dios al determinar nuestra pobreza, y estaremos tranquilos con ella, y agradecidos por ella, y soportaremos con gozo los inconvenientes de ella. Si somos ricos materiales y pobres en espíritu, no estaremos apegados a las riquezas del mundo, soportaremos alegremente las pérdidas que podamos tener por causa del Señor y tendremos compasión de los pobres. Y es que los cristianos debemos esperar la pobreza y prepararnos para ella. Ahí tenemos el ejemplo de Job, que fue pobre en espíritu cuando bendijo a Dios al quitarle tanto como al darle (*cf.* Job 1:21).

Ser pobres en espíritu y, por tanto, felices, es ser humildes y pensar humildemente de uno mismo, de lo que se es, y se tiene y se hace. Es ser un niño pequeño en nuestra propia opinión, débil, necio e insignificante. Los creyentes de Laodicea eran pobres en lo espiritual, miserablemente pobres, pero ricos en espíritu y, por tanto, desgraciados, hasta

el punto de creer que *de ninguna cosa* tenían *necesidad* (Ap 3:17). En cambio, Pablo, que era muy rico en lo espiritual, sobresaliente en dones y virtudes, era pobre en espíritu, *el más pequeño de los apóstoles* (1 Co 15:9), *menos que el más pequeño de todos los santos* (Ef 3:8), nada en su propia consideración.

El pobre en espíritu se mira con desprecio santo; el rico en espíritu mira a los demás (o ni los mira) con un desprecio impío; el pobre en espíritu se infravalora en comparación con los demás (*cf.* Fil 2:3); el rico en espíritu se cree superior; el pobre en espíritu está dispuesto a hacerse débil y pobre por hacer el bien, dispuesto a hacerse *de todo a todos* (1 Co 9:22); el rico en espíritu quiere obtener todo de todos para hacerse más rico. El pobre en espíritu se reconoce pequeño y reconoce que Dios es grande; se reconoce pecador y reconoce que Dios es santo; se reconoce como nada, menos que nada, peor que nada y reconoce que Dios es todo. El rico en espíritu es grande en su propia opinión.

Ser pobres en espíritu es desprendernos de toda confianza en nuestras obras y en nosotros mismos para depender solamente de Cristo para nuestra justificación y de su Espíritu para nuestra santificación. Es tener el *espíritu quebrantado* y el *corazón humillado* (Sal 51:17), que Dios no desprecia, y que mostró aquel publicano que fue al templo a orar y dijo: *Dios, sé propicio a mí, pecador* (Lc 18:13). Pobres en espíritu, siempre con necesidad de la gracia de Dios, siempre pidiendo a la puerta de Dios, siempre esperando en la casa de Dios.

Y es esta virtud la que Cristo pone en primer lugar, la primera lección que debe aprenderse en su escuela, sin la cual no hay bienaventuranzas. El fundamento de todas las restantes se encuentra en esta, en la humildad, y aquellos que quie-

ran levantarse alto deben comenzar bajo. Por eso, como hemos leído, dijo el Señor: ***El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.***

Los cristianos, pues, hemos de creer esto firmemente, que hay una felicidad y una bienaventuranza en ser pobres en espíritu, que son benditos los pobres en espíritu, y hemos, pues, de esforzarnos por serlo y de pedir mucha gracia a Dios para mantenernos así. Pero, además, hay una promesa: ***De ellos es el reino de los cielos.*** Los ricos en espíritu ya tienen la gloria aquí en la tierra, pero los pobres en espíritu tendrán la gloria del Reino de los cielos. Por tanto, si somos pobres materiales, debemos serlo con contentamiento, y si somos ricos, debemos dar, y dar mucho, también con contentamiento, porque tanto para los unos como para los otros es la promesa.

Y ahora, la contrapartida: ***«¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas! porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando. ¡Ay de vosotros, desgraciados y más que desgraciados...!».*** Unos son bienaventurados, otros desgraciados. De unos es el Reino de los cielos, otros ni entran. Anteriormente, el Señor había hablado sobre la hipocresía, de buscar el aplauso de los hombres, los saludos en las plazas, los primeros asientos, las limosnas para ser vistos, las oraciones en público y el ayuno buscando la admiración de los demás.

Los escribas y fariseos hipócritas eran, y siguen siendo, los enemigos del evangelio y los enemigos de la salvación de las almas. Cerraban, y continúan cerrando, el Reino de los cielos, impidiendo que las personas entraran y entren. ¿Pero cómo lo hacían, si tenían ***la llave del conocimiento*** (Lc 11:52 LBLA)? Simplemente no enseñando las Escrituras ni

viviendo conforme a ellas, lo que decían acerca del Mesías prometido, acerca del tiempo de su venida y acerca de la vida que se esperaba de sus seguidores. Se quedaban en lo externo, en la ley ceremonial, y despreciaban lo interno.

Los escribas y fariseos hipócritas no querían entrar o, mejor dicho, querían entrar a su manera. En una ocasión dijeron: *¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes, o de los fariseos?* (Jn 7:48). Ciertamente no querían entrar porque eran demasiado orgullosos para rebajarse a la mansedumbre de Cristo y a la mansedumbre que Cristo pide, demasiado formales para reconciliarse con la sencillez de Cristo y con la sencillez que Cristo pide, demasiado amantes del mundo, de las cosas del mundo, y de los aplausos del mundo, para querer ser pobres en espíritu. A los escribas y fariseos no les gusta una religión que insista tanto en la humildad, la abnegación, el desprecio del mundo y la adoración espiritual. El arrepentimiento estaba y sigue estando en la puerta de admisión al Reino de los cielos, pero nada era y es más desagradable para ellos que arrepentirse, que acusarse, que avergonzarse, que pedir perdón por sus propios pecados. Por esto no entraban, porque veían *la paja del ojo ajeno*, pero no querían ver *la viga* en sus propios ojos (Mt 7:3-5), y el Señor también por esto los llamó *hipócritas*.

Pero esto no era todo, porque, además, no dejaban *entrar* a los que estaban *entrando* y, si es malo que nos alejemos de Cristo, es peor alejar a otros de él; y la conducta hipócrita contribuye a ello. En aquel entonces los escribas y fariseos tenían una gran influencia y, si se oponían a que Cristo recibiera a los pecadores y a que los pecadores recibieran a Cristo, su ejemplo era seguido por muchos. Así cerraban el Reino de los cielos. Hoy, la hipocresía en el cristianismo también contribuye a alejar a otros de él, pues cuando al-

guien afirma ser cristiano y lo que muestra es orgullo, soberbia, falta de pobreza en espíritu y otras muchas características de los escribas y fariseos, está haciendo tropezar a muchos pequeñitos, quizá en su propia familia, a los cuales muestran un camino equivocado para el Reino de los cielos. Los hipócritas andan por mal camino, y muestran un mal camino que no lleva al Reino de los cielos, sino al Infierno directamente; ni entran, ni dejan entrar.

¿A quién te pareces más?; ¿al pobre en espíritu, que ya es feliz, y al que se promete la gloria del Reino de los cielos, o al hipócrita, que no la tendrá nunca o, al menos, mientras persista en buscar la gloria de los hombres?; ¿al pobre en espíritu, que muestra el camino que anduvo su Señor y por él anda, o al hipócrita, que anda y muestra el camino ancho del mundo y la perdición?

## 2. Segunda bienaventuranza y segundo ay

***Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.*** O al revés: «Desgraciados los que no lloran, porque ellos no recibirán consolación». Es otra extraña bendición, y sigue a la anterior, porque los pobres en espíritu están acostumbrados a llorar. También lloran los ricos en espíritu, los soberbios, los orgullosos y los hipócritas, pero aquí se habla de un llanto misericordioso. Hay un llanto pecaminoso, el cual es enemigo de la bendición, un llanto por la consecuencia del pecado, un llanto desconsolado por la pérdida de cosas temporales o materiales. Pero hay un llanto de gracia, un llanto por los propios pecados, la tristeza piadosa ***que es según Dios*** (2 Co 7:10), el dolor por el pecado con la mirada en Cristo (cf. Zac 12:10). Los que lloran así viven una vida de arrepentimiento, lamentan la corrupción de sus

propias naturalezas, y se afligen por sus muchos pecados actuales. Y también lloran así por los pecados de los demás, y **gimen y claman a causa de sus abominaciones** (Ez 9:4).

Pero son bienaventurados, y lo son, aunque, y porque, lloran con las aflicciones de los demás, lloran **con los que lloran** (Ro 12:15), y están tristes por la baja condición espiritual de muchos que se llaman cristianos, y se lamentan profundamente por las almas que perecen, y lloran por ellas, como Cristo lloró sobre Jerusalén (cf. Lc 19:41).

Pero son estos, a pesar de su llanto frecuente, los bienaventurados y felices. Leemos que en **la risa** vana y pecaminosa **tendrá dolor el corazón** (Pr 14:13) y, de igual modo, en este llanto santo el corazón tiene un gozo sobrio y una satisfacción secreta desconocidos para la mayoría. Son bienaventurados, porque son como el Señor, que fue **varón de dolores** (Is 53:3), y de quien nunca leemos que riera, pero que a menudo lloró.

Y también hay una importante promesa: **Recibirán consolación**. Los que no son pobres en espíritu, ni lloran por sus pecados, antes bien, hacen llorar a otros por los pecados que cometen, y traen infelicidad y desgracia a las vidas de otros, no pueden recibir consolación de Dios en los problemas que se acarrearán a causa de sus pecados. Los verdaderos cristianos son consolados, porque **luz está sembrada para el justo, y alegría para los rectos de corazón** (Sal 97:11). **Recibirán consolación**, si no aquí inmediatamente, sí en el Reino de los cielos, porque allí **Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos** (Ap 7:17; 21:4). Es **el gozo de nuestro Señor** (Mt 25:21,23); una **plenitud de gozo y delicias para siempre** (Sal 16:11); lo cual será doblemente dulce para aquellos que han sido preparados para ello por esta tristeza piadosa.

El Cielo será un Cielo ciertamente para aquellos que van

llorando allí; será una cosecha de **regocijo**, la respuesta de un tiempo de siembra **con lágrimas** (Sal 126:5-6); una montaña de gozo, hacia la cual nuestro camino pasa a través de un **vallye de lágrimas** (Sal 84:6). Véase Isaías 66:10.

Y ahora, nuevamente, la contrapartida: **«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis mayor condenación. ¡Desgraciados vosotros que, con el pretexto de vuestra religión, cometéis pecados, seguís en vuestros pecados!; recibiréis mayor condenación»**. De nuevo, el contraste es marcado tanto en la conducta actual como en la promesa de futuro. Unos son pobres en espíritu y lloran, otros no quieren entrar en este ambiente ni conducta; unos van al Reino de los cielos y reciben y recibirán mayor consolación, otros **toman la piedad como fuente de ganancia** (1 Ti 6:5) y recibirán mayor condenación; de los unos debemos seguir el ejemplo, de los otros se nos advierte y se nos dice: **Guardaos; apartaos de los tales**.

Los escribas y fariseos en la antigüedad hicieron de la religión un manto y un pretexto para cubrir su codicia. En aquel entonces se alojaban en las casas de las viudas, administraban sus propiedades y nadie sospechaba de ellos, pues eran considerados como ejemplos de religión. No lloraban por sus pecados, pero provocaban grandes llantos en esas viudas. Pero siempre ha habido en la Iglesia quienes han buscado llenar sus propios vientres. Aquellos devoraban, lo cual denota no solo codicia, sino también crueldad y falta de escrúpulos para hacerlo. Y para ocultar toda su hipocresía, **como pretexto**, hacían **largas oraciones**; ciertamente muy largas, al estilo de las cuentas del rosario dentro del catolicismo romano, y varias veces al día.

El Señor no condena las oraciones largas. El mismo Cristo *pasó la noche orando a Dios* (Lc 6:12), y se nos ordena orar *sin cesar* (1 Ts 5:17). Donde hay muchos pecados para ser confesados, y muchas necesidades por cuyo suministro orar, y muchas misericordias por las que dar gracias, hay ocasión para las largas oraciones. Pero las largas oraciones de los fariseos se hacían con *vanas repeticiones* (Mt 6:7), y (lo que era el objetivo de las mismas) se hacían *como pretexto*; mediante ellas tenían la reputación de hombres piadosos y devotos, que amaban la oración, y eran los favoritos del Cielo; y por este medio se hacía creer a las personas que no era posible que tales hombres como ellos las engañaran; y, por tanto, ¡feliz la viuda que podía tener un fariseo por administrador y por guardián de sus hijos!

Esta es la hipocresía, que mientras parecían elevarse hacia el Cielo, sobre las alas de la oración, sus ojos, como los del milano, estaban todo el tiempo sobre su presa en la tierra, la casa de alguna viuda u otra que fuera conveniente para ellos. Así fue entonces, pero hay muchos ejemplos en la Escritura en que las personas utilizaron el manto de la religión como pretexto para cubrir sus pecados. La circuncisión fue el manto de la codicia de los de Siquem (*cf.* Gn 34:22-23), el pago de un voto en Hebrón la cubierta de la rebelión de Absalón (*cf.* 2 S 15:7), un ayuno en Jezreel sirvió para fomentar el asesinato de Nabot (*cf.* 1 R 21:9-10), y la extirpación de Baal fue el estrado de la ambición de Jehú (*cf.* 2 R 10:18-28).

Podíamos entrar en detalles, pero, como hemos dicho en otras ocasiones, el cumplimiento de un deber no puede tapar el pecado cometido, y la falta de arrepentimiento no puede servir para contrapesar la falta de pobreza de espíritu y el llanto por los pecados. Nada vale delante de Dios si falta esto

primero; nada es aceptable a Dios si no se entra por esta puerta, nada si no se quiere entrar por ella, aunque, **como pretexto**, se puedan hacer otras muchas cosas: venir al culto, orar, leer la Biblia, visitar a los enfermos, dar ofrendas al Señor, etc.

Y así como para los bienaventurados hay una promesa de bendición, aquí la hay de maldición: **Por esto recibiréis mayor condenación**. La codicia oculta bajo el manto de la piedad trae la mayor condenación. Hay, pues, grados de condenación, algunos pecados que son más inexcusables que otros y que traerán mayor castigo y, entre ellos, los que se pretenden ocultar bajo el manto de la religión. Así es el engaño del pecado, que lo mismo con que los pecadores intentan ocultarse servirá para aumentar sus culpas y sus castigos, que lo mismo con lo que intentarán defenderse en el juicio servirá como prueba para una mayor condena.

La vida y la muerte, por tanto, puestas ante nosotros, hermanos, con toda la autoridad y la seriedad del que las pone. Como dijo Moisés en la antigüedad: **A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia** (Dt 30:19).

Pidamos a Dios que se glorifique con su Palabra en nuestras vidas, y pidámosle que seamos cada vez más bienaventurados siendo, como hemos de ser, cada vez más parecidos al Señor Jesucristo (*cf.* Mt 11:29), y andando, como hemos de andar, siguiendo **sus pisadas** (1 P 2:21).

## BIENAVENTURANZAS Y AYES (II)

11 de julio de 2018

Lectura introductoria: Jeremías 6:13-17

*Porque desde el más chico de ellos hasta el más grande, cada uno sigue la avaricia; y desde el profeta hasta el sacerdote, todos son engañadores. Y curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz. ¿Se han avergonzado de haber hecho abominación? Ciertamente no se han avergonzado, ni aun saben tener vergüenza; por tanto, caerán entre los que caigan; cuando los castigue caerán, dice Jehová. Así dijo Jehová: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma. Mas dijeron: No andaremos. Puse también sobre vosotros atalayas, que dijesen: Escuchad al sonido de la trompeta. Y dijeron ellos: No escucharemos.*

Hemos comenzado un pequeño estudio acerca del *carácter del cristiano*, para el cual hemos elegido dos pasajes muy representativos y notorios del Nuevo Testamento, ambos en el Evangelio según Mateo: por una parte, el de las bienaventuranzas, donde el Señor nos dice quiénes son los verdaderamente felices y cuál es la verdadera felicidad a la que debemos aspirar y por la que esforzarnos, así como las bendicio-

nes que conlleva y, por otra, el de los ayes, donde el Señor nos dice quiénes son los verdaderamente desgraciados y cuál es la hipocresía religiosa que debemos desechar, así como las maldiciones que también conlleva. Y ambos, por el contraste tan marcado entre ellos, deben servir para que analicemos nuestras vidas como cristianos.

Ambos se componen de ocho sentencias o frases cortas, más cortas en las bienaventuranzas, y ambos son dichos paradójicos: en los primeros, el Señor habla de la felicidad de forma contraria a lo que es el pensamiento general del mundo, y habla de felicidad unida al llanto y a otras cosas que el mundo desprecia; en los segundos, el Señor habla de la religiosidad de forma contraria a lo que es el pensamiento general del mundo, y habla de la desgracia unida a ella y a otras cosas que el mundo valora. Los primeros contienen el estribillo de *bienaventurados los que...*; los segundos el de *¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!*

Y ya el día anterior analizamos brevemente las dos primeras bienaventuranzas junto a sus respectivos ayes. La pobreza en espíritu, y lo que conlleva (no la pobreza espiritual) hace a las personas felices, mientras que el orgullo y la hipocresía, y lo que conllevan, hace a las personas desgraciadas. Para las primeras, se promete el Reino de los cielos; para las segundas se promete que no entrarán. De igual modo, el llanto bienaventurado y lo que conlleva, hace a las personas felices, mientras que el llanto pecaminoso de uno mismo o el que se produce en otros a causa de los propios pecados, hace a las personas malditas. Para las primeras, para las que la religión es de corazón, se promete consolación; para las segundas, para las que la religión es solo un pretexto, se promete mayor condenación.

Hoy vamos a continuar con las sentencias tercera y cuarta en ambos pasajes, pero antes vamos a hacer la lectura de la Palabra y vamos a pedir la bendición de Dios.

*Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos. Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo [...]: Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados...*

*Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos [...] ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros. ¡Ay de vosotros, guías ciegos! que decís: Si alguno jura por el templo, no es nada; pero si alguno jura por el oro del templo, es deudor. ¡Insensatos y ciegos! porque ¿cuál es mayor, el oro, o el templo que santifica al oro? También decís: Si alguno jura por el altar, no es nada; pero si alguno jura por la ofrenda que está sobre él, es deudor. ¡Necios y ciegos! porque ¿cuál es mayor, la ofrenda, o el altar que santifica la ofrenda? Pues el que jura por el altar, jura por él, y por todo lo que está sobre él; y el que jura por el templo, jura por él, y por el que lo habita; y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está sentado en él (Mt 5:1-2, 5-6; 23:1-2, 15-22).*

## 1. Tercera bienaventuranza y tercer ay

Comenzamos, pues, en primer lugar, con la bienaventuranza: *Bienaventurados los mansos* [humildes, apacibles], *porque*

***ellos recibirán la tierra por heredad*** (v. 5). O al revés: «Desgraciados los soberbios y orgullosos porque no recibirán la tierra por heredad». Como en las anteriores, se indica que las personas así, mansas, ya son felices, y el orden con que sigue a las anteriores no es casual. El que ve su propia naturaleza de pecado, y llora por su pecado y pecados, permite que otros condenen esos pecados. Lo primero es para analizarnos a nosotros mismos, pobres en espíritu y con llanto; lo segundo, para analizar el modo en que reaccionamos frente a los que nos hacen o dicen algo.

¿Quiénes son los mansos? Son aquellas personas que permiten que otros los examinen sin enfadarse por ello, sin ponerse a la defensiva por ello, sin atacar por ello. Son también los que se someten alegremente a los designios y a la providencia de Dios en sus vidas, los que se someten con gozo a su Palabra y a su vara, los que siguen obedientemente las directrices que Dios les marca y se conforman a sus propósitos y su voluntad, los que son ***amables, mostrando mansedumbre para con todos los hombres*** (Tit 3:2).

Los mansos son aquellos que pueden soportar una provocación, mucha provocación, sin encenderse por ella, los que, por el contrario, guardan silencio y encomiendan ***la causa al que juzga justamente*** (1 P 2:23; cf. 4:19; Ro 12:19), o bien responden según marca la Escritura: ***La blanda respuesta quita la ira; Mas la palabra áspera hace subir el furor*** (Pr 15:1).

Los mansos son los que permanecen serenos cuando otros cometen grandes desatinos, los que pueden mostrar su desagrado sin ser llevados a ningún pecado o provocación a los demás, quienes pueden estar fríos cuando otros están calientes, los que, con su paciencia, se mantienen dueños de sí mismos con dominio propio, aunque estén siendo desposeídos de su buen nombre o de cualesquiera de sus cosas.

Los mansos son aquellos a quienes rara y difícilmente se les provoca; antes bien, los que rápida y fácilmente se apaciguan, y quienes prefieren sufrir y perdonar veinte injurias antes que vengarse de una sola.

Y son estos mansos los que el Señor dice que son felices incluso en este mundo. Por tanto, la infelicidad va unida al rechazo de la providencia y la disciplina de Dios, a los que no se callan nada y están siempre provocando, a los que pronto hablan con palabras ásperas, a los que pierden el control de sí mismos, a los que rápida y fácilmente se encienden, siendo después muy raro y difícil que se enfríen, a los que no perdonan y olvidan como dice el Señor que hay que hacer, y nos da ejemplo (cf. Miq 7:18), y a los que guardan las afrentas con rencor o llevan cuentas del mal, o supuesto mal que se les ha hecho, para tomar venganza de ellas cuando llegue el momento.

Ya en la antigüedad, David aconsejaba acerca de este comportamiento en mansedumbre, cuando escribió: ***Confía en Jehová, y haz el bien; y habitarás en la tierra, y te apacientarás de la verdad. Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón. Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará. Exhibirá tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía. Guarda silencio ante Jehová, y espera en él. No te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades. Deja la ira, y desecha el enojo; No te excites en manera alguna a hacer lo malo. Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra*** (Sal 37:3-9).

El carácter manso no es una cualidad natural, pero, como las anteriores, es una cualidad en todo cristiano. La mansedumbre no es indolencia, ni flojera, ni amabilidad, ni trato

fácil, ni debilidad, ni paz a cualquier precio, porque algunas personas son así por nacimiento. La mansedumbre es compatible con una gran fortaleza, con una gran autoridad. Los mártires fueron mansos, pero no débiles. La mansedumbre no es solo una cualidad externa, sino que ha de ser interna, de modo que no solo callemos, sino que soportemos de buen grado las ofensas. El manso no se enorgullece ni trata de imponerse, no exige sus derechos, ni que se tenga en cuenta su posición, su nivel social, su opinión o sus privilegios (cede ante fechas en las vacaciones, ante el derecho a elegir primero un lugar, un puesto de trabajo, una posición...). El manso no se preocupa tanto por sí mismo ni está siempre a la defensiva, no se compadece de sí mismo. Como decía John Bunyan: «El que está en el suelo no teme caer», el que se considera muy pecador no teme que alguien diga algo demasiado malo de él. El manso, por tanto, es benigno, y paciente, y escucha y aprende.

En la Biblia solo se da el calificativo de manso a dos personas: a Moisés, y a Jesús. Del primero se dice: ***Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra*** (Nm 12:3), y entendemos lo que significa este calificativo cuando analizamos su vida. Moisés no fue un hombre temeroso o apocado: se enfrentó a Faraón, condujo con autoridad al pueblo y, quizá, nadie que lo viera le daría ese calificativo. Pero se reconocía incapaz de hacer la obra de Dios por sí mismo y, ante las innumerables provocaciones a que fue sometido una y otra vez, siempre acudía a Dios orando por aquellos que le provocaban. Pero el ejemplo máximo de mansedumbre lo tenemos en el Señor, el cual nos llama a aprender de él, y del cual Moisés no era más que una sombra o un tipo. Estas son sus palabras: ***Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis des-***

**canso para vuestras almas** (Mt 11:29); descanso es felicidad, paz y gozo, y es la falta de mansedumbre, unida a la falta de pobreza en espíritu y de llanto por los propios pecados, lo que impide la paz, la felicidad y el descanso.

El apóstol Pablo escribió lo siguiente: **Yo Pablo os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo** (2 Co 10:1), la cual manifestó de forma extraordinaria ante las provocaciones humanas, ante las tentaciones del diablo, y ante las demandas de la obra de redención en sujeción a la voluntad del Padre. Por contra, también está escrito: **No hay paz para los impíos**, y no la hay porque **son como el mar en tempestad** [lo contrario del mar calmado y en quietud, lo contrario de la mansedumbre], **que no puede estarse quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo** (Is 57:20-21).

Los mansos son bienaventurados y tienen paz, son felices porque no se perturban con las cosas y los inconvenientes, porque se adecuan y someten a cualquier relación, a cualquier condición, a cualquier compañía, porque saben vivir y son aptos para vivir, y porque son aptos para morir.

Pero, además de la de felicidad presente, hay una bendición reservada para ellos: **Recibirán la tierra por heredad**. Es una cita del salmo que hemos leído anteriormente, y es casi la única promesa temporal que aparece en todo el Nuevo Testamento. Fijémonos que antes se ha dicho que de los pobres en espíritu es **el reino de los cielos**, y estos mismos son también mansos, y **heredarán la tierra**. Todas las cosas van unidas; todas las bienaventuranzas van unidas, y es contrario a la Escritura pensar que, porque uno se adecua a una de ellas, todo va bien. Aquí se describe un carácter completo, unos aspectos esenciales en los cristianos sin los cuales no hay cristianismo, así como también una bendición completa en muchos aspectos.

Y es llamativo el que muchas personas no mansas quieran tener muchas cosas, y se afanen por ellas, y cometan injusticias y se salten la ley con tal de tenerlas, y desobedezcan y pequen contra Dios para al final perderlo todo, tal como dijera el profeta: ***¡Ay de los que juntan casa a casa, y añaden heredad a heredad hasta ocuparlo todo! ¿Habitaréis vosotros solos en medio de la tierra? (Is 5:8)***, mientras que los mansos, que no se preocupan por esas cosas, las tendrán en abundancia. También el Señor dijo: ***De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa [lo contrario de juntar y amontonar], o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna (Mr 10:29-30).***

***La piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera (1 Ti 4:8)***, y es la piedad que resulta de este carácter que describe el Señor la que la tiene de forma muy especial. La mansedumbre es casi siempre ridiculizada, y la mayoría piensa que «cuando caen encima», que cuando tienen la última palabra, ya son felices, pero es todo lo contrario. Es la mansedumbre la que promueve la salud y la seguridad, la tranquilidad en la vida, y las bendiciones de arriba y también las de abajo. El verdadero manso está siempre satisfecho, como escribió Pablo: ***No teniendo nada, mas poseyéndolo todo (2 Co 6:10). Si sufrimos [y se sufre por ser mansos], también reinaremos con él (2 Ti 2:12)***, porque somos ***herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él (Ro 8:17).***

Ahora veamos la contrapartida: ***¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces***

***más hijo del infierno que vosotros.*** En principio, esta maldición del Señor parece no tener mucho que ver con la bienaventuranza que hemos analizado, pero si tenemos en cuenta lo que dijimos el día anterior acerca de la codicia de los hipócritas y del deseo de conseguir lo que pretendían bajo el pretexto de la religión, la relación es evidente. El Señor habló del carácter manso en estos términos: ***Al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa*** (Mt 5:40); esto es, ten disposición a perder si con ello Dios es glorificado. Por contra, los hipócritas religiosos eran muy diligentes para hacer prosélitos no por la gloria de Dios ni por el bien de las almas, sino para tener la gloria de haberlos hecho y la posibilidad de sacar beneficios de ellos. No buscaban hacer seguidores de Dios, sino de ellos y de su grupo.

Decíamos el día anterior que eran enemigos del evangelio, pero ahora vemos que también eran muy ingeniosos y trabajadores para que otros se añadieran a su grupo, para que otros reforzaran su religiosidad externa. Hacer prosélitos no es malo, si se hacen al verdadero cristianismo; antes bien, es una obra digna de los mayores esfuerzos y preocupaciones, y la diligencia de aquellos fariseos muestra la negligencia de muchos que se consideran cristianos. Los corazones carnales, los de los incrédulos, y los de muchos que se llaman cristianos, no se encogen ni echan atrás ante los esfuerzos necesarios para conseguir sus objetivos carnales, recorren ***mar y tierra***, y esto debe avergonzarnos. Si tenemos mejores principios que ellos, ¿cómo es que vamos a regatear esfuerzos por propagar el evangelio? Si tenemos otros objetivos muy distintos a los de ellos, ¿cómo es que no vamos a costear la propagación del evangelio? Los fariseos eran codiciosos, y no reparaban en robar, extorsionar o pecar de cualquier otro modo, con tal de alimentar su co-

dicia. ¿Pero qué puede decirse de los cristianos que roban a Dios?

Ahora bien, aquellos hipócritas religiosos, cuando hacían un discípulo, lo llenaban de sus falsas nociones religiosas, enseñanzas y vidas equivocadas, y lo hacían ***dos veces más hijo del infierno que*** ellos. El día anterior veíamos que no entraban en el Reino de los cielos y, por tanto, son ***hijos del infierno***. Su hipocresía nace del Infierno, porque el diablo es ***padre de mentira*** (Jn 8:44); y la tendencia de su hipocresía es hacia el Infierno, el cual es el país al que pertenecen. Unos heredarán el Cielo y la tierra, y otros son herederos del Infierno; y se les llama hijos del Infierno por su enemistad enraizada contra los hijos de Dios y contra el Reino de los cielos, la cual era el principio y naturaleza del fariseísmo.

También podemos observar, en consonancia con los grados de condenación de que hablábamos el día anterior, que algunos son más hijos del Infierno que otros; sobre todo, aquellos que son menos mansos, más furiosos e intolerantes, más hipócritas, peores en sus corazones. Los prosélitos pervertidos son más fanáticos tanto en su religiosidad externa como en su furia contra el cristianismo, como vemos que sucedía con el apóstol antes de su conversión: Pablo, un discípulo de los fariseos, estaba ***enfurecido sobremanera contra*** los cristianos (Hch 26:11), cuando su maestro, Gamaliel, parecía haber sido más moderado (*cf.* Hch 5:34-39). Y esto también es algo tremendo y merecedor de mayor condenación: hacer a una persona más farisea que el propio fariseo, más intolerante, más codiciosa, más orgullosa, hacer que a sus costumbres paganas una las de una religiosidad externa. Y es algo que siempre se ha dado en la Iglesia del Señor y que ha causado siempre grandes divisiones: buscar adeptos y seguidores que apoyen los propios errores sin importar la

santidad y la sencillez ante la Palabra; pecar, y esconder los pecados, y justificar los pecados, cuando son descubiertos, con algún pretexto religioso (Judas protestó por el dinero gastado que, según él, podía haberse dado a los pobres, pero eso era por ser ladrón: cf. Jn 12:5-6), y contribuir, y fomentar, e incluso colaborar para que otros cometan los mismos pecados, pensando que al estar más personas implicadas tienen menos importancia (p. ej.: piratear por internet para conveniencia propia, intentar justificar el robo, y alentar y ayudar a otros a hacerlo).

## 2. Cuarta bienaventuranza y cuarto ay

***Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.*** Son ya felices los que tienen esta hambre y esta sed, de modo que de nuevo nos encontramos con la paradoja. ¿Qué significa el hambre y la sed de justicia? El día anterior hablamos de la pobreza material y algunos dicen que estas palabras se refieren a las injusticias a que se exponen los pobres simplemente por serlo, porque el poder siempre está al lado de los ricos; dicen que se hace referencia a lo que es justo para los pobres, a los que se les niega por parte de aquellos que, como el juez de la parábola, ni temen ***a Dios*** ni tienen ***respeto a hombre*** (Lc 18:4).

Podría ser esta la referencia si tenemos en cuenta el carácter descrito ya en las tres bienaventuranzas anteriores. Los pobres y los pobres en espíritu, que soportan la opresión con contentamiento, y son mansos y se encomiendan a Dios para que los defienda, a su debido tiempo serán satisfechos, abundantemente satisfechos, pues está escrito: ***Jehová es el que hace justicia y derecho a todos los que padecen violencia*** (Sal 103:6; cf. Sal 37:5-7).

Pero ciertamente la bienaventuranza ha de entenderse espiritualmente, como el deseo intenso que Dios pone por su gracia en sus corazones y poco a poco satisface. La **justicia** de la que aquí se habla es como el compendio de todas las bendiciones espirituales (**buscad primeramente el reino de Dios y su justicia**: Mt 6:33), entre las que se incluye la justicia que se nos otorga por medio de Cristo, la cual se nos imputa, por medio de la cual somos hechos **justicia de Dios en él** (2 Co 5:21), renovados en justicia, el **nuevo hombre** que lleva la imagen de **Dios** (Ef 4:24), partícipes de Cristo y de sus promesas.

Y son felices los que tienen **hambre y sed** de ella, los que verdaderamente la desean como el hambriento y sediento desea la comida y la bebida, deseo que no puede satisfacerse con ninguna otra cosa sino con comida y bebida, y que se satisfará con ellas, aunque carezca de otras cosas. Nuestros deseos de bendiciones espirituales deben ser fervientes e intensos si somos cristianos, **gracia y paz multiplicadas** (1 P 1:2). **Dame hijos, o si no, me muero**, pedía Raquel a Jacob (Gn 30:1), y es así, con este anhelo, como el cristiano pide la justicia a Dios; todo lo demás es escoria y paja, insatisfactorio. «Dame esto, y tengo bastante, aunque no tenga nada más».

Además, al igual que el **hambre** y la **sed** son apetitos que vuelven con frecuencia y requieren nuevas satisfacciones, los deseos santos no descansan en nada que se haya alcanzado, sino que son llevados a perdones renovados, y a nuevos suministros diarios de gracia. **No que lo haya alcanzado ya, ni que sea perfecto; sino que prosigo** (Fil 3:12), decía el apóstol. Los cristianos solicitan constantes comidas de justicia, gracia para hacer la obra de cada día en su día, tan debidamente como el cuerpo vivo solicita alimento.

De igual modo, así como los que tienen hambre y sed trabajarán por suplirlas, los cristianos no solo desean bendiciones, sino que se esfuerzan por ellas usando los medios designados por Dios, entre los cuales está la comunión con los hermanos y el aceptar las exhortaciones y amonestaciones de los hermanos. Estos son los felices, pues estos deseos son una evidencia de algo muy bueno en ellos puesto por Dios, y Dios no abandonará la obra de sus propias manos.

Y tenemos la promesa de que **serán saciados**, de que Dios les dará lo que desean para completar su satisfacción, porque es Dios únicamente quien puede llenar los deseos del alma que ha sido regenerada. Y los llenará con **gracia sobre gracia** (Jn 1:16) en aquellos que, en un sentido de su propia vaciedad, recurren a **su plenitud. A los hambrientos colmó de bienes**, dijo María, la madre del Señor (Lc 1:53), y es su promesa: **Satisfaré al alma cansada, y saciaré a toda alma entristecida** (Jer 31:25). Finalmente, puesto que la felicidad del Cielo será completa, allí también la justicia será completa y el deseo completamente satisfecho, el favor de Dios y su imagen.

Y ahora, de nuevo, la contrapartida, la cual el Señor comienza con estas palabras, aunque también la explica: **¡Ay de vosotros, guías ciegos! que decís: Si alguno jura por el templo, no es nada; pero si alguno jura por el oro del templo, es deudor. ¡Insensatos y ciegos!...** (Mt 23:16-17). Aquí también pueden destacarse muchas cosas, pero puesto que en la bienaventuranza hemos hablado de la justicia de Dios, aquí vemos el carácter opuesto de la hipocresía religiosa. La búsqueda de la ganancia y del honor y la gloria del mundo lleva a los hipócritas religiosos a inventarse una diferencia entre los distintos mandamientos de Dios, la cual conduce a los seguidores a errores muy peligrosos.

El Señor particulariza en el asunto de los juramentos, y su razonamiento es muy simple: ellos permitían que juraran por las cosas, por cualesquiera cosas, siempre que estuvieran consagradas al servicio de Dios, pero distinguían entre juramento y juramento, como si no se pusiera a Dios por testigo en algunos de ellos, como si no se estuviera obligado a cumplir la promesa o a decir la verdad en algunos casos. Esto ya es una maldad, pero la maldad se hace doble porque preferían *el oro* antes que el templo (v. 16) y la *ofrenda* antes que *el altar* (v. 18), enseñando así a los demás a traer ofrendas y dinero con los que esperaban obtener ganancias. Eran grandes amigos del *Corbán* (Mr 7:11); y, siendo su *piEDAD* la *ganancia* (1 Ti 6:5), por mil artificios hicieron que la religión se sometiera a sus intereses mundanos.

Por esto, a aquellos que eran considerados como maestros, el Señor los llama *guías ciegos*. Hay muchos que se encuentran bajo la dirección de estos guías que distinguen, para establecer su propia justicia, entre mandamiento y mandamiento, y son tan ciegos que invierten la importancia de estos, cuando está escrito: *Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos* (Stg 2:10).

¡Qué tremenda es la hipocresía religiosa, y con qué frecuencia se encuentra en las iglesias cristianas! Todos los que se llaman cristianos saben que el Señor dijo: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Mt 22:37-39), pero muchos actúan como el intérprete que preguntó al Señor acerca de este asunto, y del que se dice que lo hizo para *tentarlo*. Muchos que se llaman cristianos quieren olvidar estos dos grandes mandamientos, y no

aman a Dios porque lo desobedecen (*este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos*: 1 Jn 5:3), ni aman al prójimo, al cual rechazan, cuando saben que deben amar incluso a sus *enemigos* (Mt 5:44), mientras que se quedan tranquilos porque cumplen otros mandamientos menores.

Son *guías ciegos* los que hacen que las cosas sean o no pecado según sirvan o no a sus propios propósitos, los que miran sus intereses y quieren justificar sus modos de proceder antes que buscar la gloria de Dios y el bien de las almas. Dijo el profeta: *Sus atalayas son ciegos, todos ellos ignorantes; todos ellos perros mudos, no pueden ladrar; soñolientos, echados, aman el dormir. Y esos perros comilones son insaciables; y los pastores mismos no saben entender; todos ellos siguen sus propios caminos, cada uno busca su propio provecho, cada uno por su lado. Venid, dicen, tomemos vino, embriaguémonos de sidra; y será el día de mañana como este, o mucho más excelente* (Is 56:10-12). Pero el problema se acentúa porque demasiado a menudo la gente desea tenerlos así: *Porque este pueblo es rebelde, hijos mentirosos, hijos que no quisieron oír la ley de Jehová; que dicen a los videntes: No veáis; y a los profetas: No nos profeticéis lo recto, decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras; dejad el camino, apartaos de la senda, quitad de nuestra presencia al Santo de Israel* (Is 30:9-11).

Y ante esto, para unos y para otros, para los guías y para los que son guiados, que quieren tener ambos sus justicias particulares y no tienen hambre ni sed de la justicia de Dios, no puede haber más que una tremenda sentencia de condena: *Por tanto, el Santo de Israel dice así: Porque desechasteis esta palabra, y confiasteis en violencia y en iniquidad, y en ello os habéis apoyado; por tanto, os será este pecado como grieta que amenaza ruina, extendiéndose en una pared ele-*

*vada, cuya caída viene súbita y repentinamente. Y se quebrará como se quiebra un vaso de alfarero, que sin misericordia lo hacen pedazos; tanto, que entre los pedazos no se halla tiesto para traer fuego del hogar, o para sacar agua del pozo* (Is 30:12-14).

En otra ocasión, también dijo el Señor: *Dejadlos; son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo* (Mt 15:14). Los guías ciegos serán responsables de la condenación de muchas almas, pero los que desean ser ciegos y ser guiados por esos maestros, no tendrán excusa. Es lo mismo que hemos visto en el «ay» anterior, hijos del Infierno que hacen a sus seguidores dos veces más hijos del Infierno.

El carácter cristiano en las bienaventuranzas, sin el cual nadie que se llame cristiano debe descansar: pobres en espíritu, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia. Por contra, la hipocresía religiosa, en la cual nadie debe descansar: falsas enseñanzas, falsas conductas, deseo de gloria y ganancias, provocación de llantos en otros, búsqueda de seguidores para lo malo, diferencia entre mandamiento y mandamiento.

¡Dios bendiga su Palabra para gloria de su nombre!

## BIENAVENTURANZAS Y AYES (III)

18 de julio de 2018

Lectura introductoria: Isaías 59:1-2,8,12-13

*He aquí que no se ha acertado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír... No conocieron camino de paz, ni hay justicia en sus caminos; sus veredas son torcidas; cualquiera que por ellas fuere, no conocerá paz... Porque nuestras rebeliones se han multiplicado delante de ti, y nuestros pecados han atestiguado contra nosotros; porque con nosotros están nuestras iniquidades, y conocemos nuestros pecados: el prevaricar y mentir contra Jehová, y el apartarse de en pos de nuestro Dios; el hablar calumnia y rebelión, concebir y proferir de corazón palabras de mentira.*

El día anterior llegamos hasta la mitad del estudio breve que pretendemos hacer acerca del *carácter del cristiano* puesto que, de las ocho bienaventuranzas y de los ocho ayes que pronunció el Señor, ya hemos visto los cuatro primeros. El Señor nos ha mostrado cuatro aspectos de las personas que son verdaderamente felices, cuatro aspectos esenciales que deben darse en todos los cristianos, y cuatro aspectos que, en definitiva, si faltan, hacen a las personas desgraciadas. Y ha

dicho que los bienaventurados son los pobres en espíritu, son los que lloran, son los mansos, y son los que tienen hambre y sed de justicia. Y hemos visto que esta secuencia es lógica, ya que una bienaventuranza conduce a la siguiente y a las siguientes, y es también completa, pues se carece de todos estos aspectos o se tienen todos.

También hemos visto que el Señor pronunció sus maldiciones o ayes sobre aquellos hipócritas que se caracterizan por todo lo opuesto a lo anterior; esto es, por la soberbia y el orgullo, por provocar el llanto en otros a causa de la codicia escondida bajo el pretexto de la religión, por el intento de hacer seguidores también hipócritas, y por inventarse una fe que permite dejar ciertos mandamientos, incluso los dos principales, cogiendo solo aquellos que sirven a sus intereses o forma de pensar y de vivir.

Además, hemos visto también las bendiciones adicionales que el Señor promete a los primeros y las maldiciones, en contraste de nuevo, para los segundos. De los felices es el Reino de los cielos, los hipócritas no entran en él ni dejan entrar; los felices recibirán consolación en su llanto, los hipócritas, mayor condenación por el llanto que provocan; los felices recibirán la tierra por heredad, los hipócritas y sus seguidores son hijos del Infierno; los felices serán saciados, los hipócritas padecerán un hambre eterna al no haber tenido en cuenta el amor a Dios y al prójimo.

Hasta aquí hemos llegado, y hoy, al continuar el estudio, nos detendremos en las dos parejas de sentencias que siguen a las anteriores, y cuya lectura ahora vamos a hacer, y para cuya exposición vamos a pedir la bendición de Dios.

***Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos. Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo [...]: Bienaventurados los misericordiosos, por-***

*que ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios...*

*Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos [...] ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio (Mt 5:1-2, 7-8; 23:1-2, 23-26).*

## **1. Quinta bienaventuranza y quinto ay**

Comenzamos de nuevo, en primer lugar, con la bienaventuranza: ***Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.*** O expresada al revés, como en ocasiones anteriores, decimos: «Desgraciados los que no son misericordiosos, porque no alcanzarán misericordia». De nuevo, la felicidad es doble, por lo que se es y por la bendición prometida, y de nuevo la desgracia es doble, por lo que no se es y por la bendición que no se promete. Y este nuevo aspecto de los felices es un paso más respecto a los anteriores. En las cuatro bienaventuranzas anteriores hemos visto al cristiano en función de su necesidad; ahora lo vemos en su disposición, la cual es el resultado de lo anterior. En las primeras vemos lo que es, ahora vemos y veremos lo que hace, porque el cristiano ha de ser algo antes de poder hacer y ac-

tuar como cristiano. No son nuestras acciones las que nos hacen cristianos; antes bien, porque somos cristianos, tendremos unas acciones determinadas.

**Los misericordiosos**, pues, ya son felices, y esta, como las demás, es una tremenda paradoja, puesto que los misericordiosos sufren con las miserias de los demás, y no son considerados los más sabios y, probablemente, nunca serán ricos. Sin embargo, el Señor los declara bienaventurados, y puesto que lo que dice el Señor es cierto, tendremos que examinarnos para ver si la falta de felicidad en nuestras vidas se debe, entre otras cosas, a que nos falta misericordia y empatía con los que sufren y están en necesidad.

¿Quiénes son los misericordiosos? Podemos decir que son aquellos que están inclinados, predispuestos, de forma piadosa y caritativa, es decir, por amor a Dios y por amor al prójimo, a ver las miserias de las personas, a compadecerse de ellas, a ayudarlas y a socorrerlas. Y cuando hablamos de miseria no solo hemos de pensar en las necesidades materiales, sino en las carencias de cualquier tipo: miserias espirituales, miserias psicológicas, miserias intelectuales, miserias por necesidades de afecto, miserias por necesidades de tiempo, miserias por necesidades de comprensión, miserias y necesidades de cualquier clase y lo que ellas conllevan. Por tanto, pueden ser misericordiosos, bienaventurados, aquellos que, sin tener medios para ser generosos materialmente, dan de lo que tienen (tiempo, afecto, comprensión, simple escucha, etc., cosas que son mucho más valiosas que el dinero), y se dan ellos mismos a los demás. Y esto es así porque Dios ve el corazón, como vio el de aquella **viuda pobre** que ofrendó todo lo que tenía (Mr 12:42-44), y **porque si primero hay la voluntad dispuesta, será aceptada según lo que uno tiene, no según lo que no tiene** (2 Co 8:12).

Es fácil engañarnos a nosotros mismos diciéndonos que no podemos ser misericordiosos porque no tenemos («como no tengo dinero, no puedo ayudar económicamente») y no prestemos atención a aquello que tenemos y de lo que otros están en necesidad. El problema no está en la falta de recursos, sino en la falta de una verdadera entrega a Dios en primer lugar. Con toda seguridad, ninguno de nosotros es tan pobre como aquellos hermanos de Macedonia de los que se dice que *con agrado dieron conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos* —dice Pablo— *que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos. Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor* [este es el punto esencial y de partida sin el cual falta misericordia], *y luego a nosotros por la voluntad de Dios* (2 Co 8:3-5).

Las personas misericordiosas son felices a pesar de que no solo soportan sus propias aflicciones con paciencia y mansedumbre, sino que participan de las aflicciones de los demás, especialmente de las de sus hermanos. Y como la tendencia natural es a estar centrados en nosotros mismos y en nuestros problemas (y es fácil comprobar que cuando esto se da en mayor medida, mayor es el grado de infelicidad y desgracia de la persona), se nos exhorta a vestirnos, *como escogidos de Dios, santos y amados*, en primer lugar, *de entrañable misericordia* (Col 3:12). No solo de misericordia externa y por obligación, sino de misericordia entrañable, es decir, de aquella que una vez vestidos con ella nos mueve a esforzarnos para ayudar todo lo que podamos a aquellos que están en algún modo en miseria.

El misericordioso tiene compasión de las almas de los demás, y de los cuerpos de los demás, e intenta ayudarlos (*sed*

*todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables*: 1 P 3:8); el misericordioso tiene comprensión de la ignorancia de **los ignorantes y extraviados**, e intenta instruirlos con paciencia (He 5:2); el misericordioso observa a los descuidados, y se preocupa por ellos, e intenta prevenirlos; se compadece de los que se encuentran en una condición de pecado, e intenta arrebatarlos como a tizones **del incendio** (Zac 3:2). Así lo expresa Judas en su carta: **A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne** (Jud 1:22-23). El misericordioso tiene compasión de los que se encuentran en melancolía y tristeza, e intenta ayudarlos, como era el deseo de Job (*cf.* Job 16:5); tiene consideración hacia los que se encuentran en desventaja respecto a ellos, e intenta no ser riguroso ni severo con ellos. Esta última expresión de la misericordia es muy buena para examinarnos, ver nuestro comportamiento cuando tenemos a nuestra mano, a nuestra merced (porque la justicia o la providencia de Dios así lo permite) a alguien que nos ha ofendido, examinar los sentimientos que tenemos hacia esa persona.

Así pues, la misericordia que el Señor demanda de los suyos, y que solo los suyos muestran, se extiende a todas las formas de necesidad, y es, por tanto, mucho más que dar un trozo de pan al hambriento. Y si rehusamos practicar la misericordia, bajo cualquier pretexto, y el pretexto no es más que por nuestra falta de amor a Dios y al prójimo, estaremos cerrando nuestras entrañas y estaremos mostrando poca semejanza con el que decimos ser nuestro Dios y nuestro Señor. Porque, **si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y**

*alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? (Stg 2:15-16). Pero el que tiene bienes de este mundo [según hemos dicho, no solo bienes materiales] y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad (1 Jn 3:17-18).*

En la antigüedad había muchos que practicaban el ayuno, como los escribas y fariseos hipócritas, a los que Dios tuvo que enseñarles acerca del mismo: *El ayuno que yo escogí [...] ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano? (Is 58:6-7).*

Y lo que es paradójico es que el Señor diga que ante tanta necesidad de todo tipo que el misericordioso intenta suplir y sufre, este sea feliz. En la antigüedad ya dijo Dios: *Bienaventurado el que piensa en el pobre [y hemos visto que hay muchos tipos de pobreza]. Y, a continuación, también prometió bendiciones: En el día malo lo libraré Jehová. Jehová lo guardará, y le dará vida; Será bienaventurado en la tierra, y no lo entregará a la voluntad de sus enemigos. Jehová lo sustentará sobre el lecho del dolor; Mullirá toda su cama en su enfermedad (Sal 41:1-3).*

Los misericordiosos se parecen, pues, a Dios, que es *lento para la ira, y grande en misericordia* (Sal 86:15; 103:8; 145:8), y al mostrar misericordia estaremos siendo *perfectos como él es perfecto* (Mt 5:48). La misericordia de corazón es una evidencia del amor a Dios, y es una satisfacción para uno mismo si en algún modo se es instrumento para el beneficio de los demás. Por eso, el misericordioso es bienaventurado, porque uno de los deleites más puros y más delicados

en este mundo, es el de *hacer bien* (Gá 6:9). Y no debemos olvidar aquel dicho de Cristo que no encontramos en los Evangelios: *Más bienaventurado es dar que recibir* (Hch 20:35).

Y, como en las anteriores, además de la felicidad presente, se promete bendición: *Alcanzarán misericordia*. ¿Misericordia de quién? Misericordia de otras personas misericordiosas, cuando la necesiten: *El que saciare, él también será saciado* (Pr 11:25), porque no sabemos lo pronto que podemos estar en alguna clase de miseria. Pero especialmente alcanzarán misericordia de Dios, quien, *con el misericordioso se mostrará misericordioso* (Sal 18:25). Los más misericordiosos y caritativos no pueden pretender merecer, sino deben buscar, misericordia. Los misericordiosos encontrarán en Dios misericordia perdonadora (cf. Mt 6:14), misericordia suministradora (cf. Pr 19:17), misericordia sustentadora (cf. Sal 41:1-2), misericordia *en aquel día* (2 Ti 1:18); más aún, heredarán *el reino preparado para ellos* (Mt 25:34-36); en cambio, tendrá *juicio sin misericordia* [lo cual es nada menos que el Infierno de fuego] *aquel que no hiciere misericordia* (Stg 2:13).

Hermanos, me asombra y entristece ver a los que se llaman cristianos y no prestan atención a las palabras del Señor, cuando, hablando del perdón, que no es más que otra forma de misericordia, dice: *Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas* (Mt 18:32-35)

Ahora veamos la contrapartida y el contraste con los hipócritas: **¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmás la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello!**

El carácter misericordioso sigue, de forma natural, al descrito en las cuatro primeras bienaventuranzas, y la falta de misericordia también sigue de forma natural a la hipocresía religiosa que ya hemos visto en los cuatro primeros ayes.

El hipócrita religioso es estricto y preciso en los asuntos menores, pero muy descuidado en los más importantes. Ya apuntamos el día anterior, con el tema de los juramentos, que el hipócrita quiere escoger sus deberes según le interesen, olvidándose que la obediencia sincera es siempre algo general, y que, si alguien obedece o desobedece conscientemente cualquiera de los preceptos de Dios, hará lo mismo con todos. **No sería yo avergonzado cuando atendiese a todos tus mandamientos** (Sal 119:6). El hipócrita religioso actúa solo para cubrir el expediente y acallar su conciencia, pero no por Dios. Y el Señor nos habla de esta conducta aquí con dos ejemplos.

*En primer lugar*, los escribas y fariseos eran muy estrictos en el pago de los diezmos, sobre todo en aquellos que no les costaban mucho, **la menta y el eneldo y el comino**, por lo cual serían admirados, y con lo que obtendrían reputación con poco coste, a tan bajo coste que estas eran hierbas aromáticas que nacían solas en los caminos y campos, pero que ellos querían ponerlas al nivel del grano cosechado. Como con otras cosas, sus objetivos eran muy distintos al de honrar a Dios. Pagar los diezmos era su deber, y era lo que la ley requería. Y el Señor nunca dice que se debe dejar de hacer.

Retener los diezmos, hermanos, es robar **a Dios** (Mal 3:8-10), y el cristiano que lo hace quiere un evangelio más barato incluso que el que tenían los fariseos.

Pero lo que el Señor condena aquí es que omitían **lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia, y la fe**. Eran muy meticulosos con los diezmos para tapar así su falta de misericordia hacia las personas, pero el Señor dice que la misericordia es de las cosas más importantes de la ley, una de las que mejor muestran la santidad del corazón, junto con la justicia y la fe. Santiago dice que **la religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar** [el sentido es el de atender] **a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones** [dos clases de personas con miserias], **y guardarse sin mancha del mundo** (Stg 1:27). El hipócrita no es justo ni misericordioso con los hombres (*cf.* Ro 13:7-8) porque no tiene verdadera fe en Dios.

Una y otra vez el Señor nos habla de este mismo asunto, que a muchos parece interesar olvidarlo: **Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios** (Miq 6:8). Esta es la obediencia que **es mejor que los sacrificios** o diezmos (1 S 15:22). Ser justos en los diezmos y no ser justos ni misericordiosos con los demás es burlarse de Dios y engañarse uno a sí mismo. **Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos** (Os 6:6). La misericordia está por encima del sacrificio y por encima de otras muchas cosas, y dar los diezmos pero negar la migaja a Lázaro es exponerse al **juicio sin misericordia** que se hará con todos aquellos que no han hecho misericordia (Stg 2:13).

*En segundo lugar*, el otro ejemplo de hipocresía que pone el Señor tiene que ver con evitar los pecados más pequeños, y

cometer los mayores. El día anterior vimos esta conducta hipócrita de hacer diferencias en cuanto a la obediencia a los mandamientos de Dios; ahora la vemos al hacer diferencias en cuanto a cometer pecados, unos admitidos y otros no. De nuevo los llama **guías ciegos**, como ya hizo antes, pero hay una diferencia. Entonces fue por sus enseñanzas corruptas (v. 16), ahora lo es por sus vidas corruptas, con las cuales también dirigían a otros. En sus doctrinas advertían al pueblo en contra de los **mosquitos**, esto es, para que tuvieran mucho cuidado de no violar la tradición de los ancianos en lo más mínimo; y en sus prácticas también los colaban, esto es, aborrecían caer en desobediencia. Pero tanto en sus enseñanzas como en sus vidas no tenían problemas con aquellos pecados que eran superiores, tanto como un camello es mayor que un mosquito.

No es, pues, el escrúpulo de un pequeño pecado lo que Cristo aquí reprende; si es un pecado, aunque sea como un mosquito, debe echarse fuera, debe colarse. Lo que el Señor condena es hacer esto y después tragarse un camello. Ser inflexibles en las cosas más pequeñas de la ley, y ser dejados y descuidados en las mayores. Es la hipocresía lo que aquí se condena, de la cual tenemos muchos ejemplos en los escribas y fariseos: cuando devoraban las casas de las viudas, ciertamente tragaban **el camello**; cuando dieron a Judas el precio de sangre inocente y, sin embargo, fueron escrupulosos para poner la moneda de vuelta **en el tesoro** (Mt 27:6), tragaban el camello; cuando no entraron **en el pretorio**, por temor a **contaminarse** y, sin embargo, permanecieron en la puerta gritando contra el santo Jesús (Jn 18:28), tragaban el camello; cuando disputaban con sus discípulos por comer con **manos no lavadas** y, sin embargo, para cumplir con el **Corbán**, enseñaban al pueblo a quebrantar el quinto mandamiento (Mr 7:2,11-13), tragaban el camello.

Y contra esta nueva manifestación de la hipocresía, en la cual, como las anteriores, no podemos detenernos, el Señor dice: *¡Ay!* ¡Ay de aquellos que están muy pendientes de los pecados que pueden cometerse con el modo de vestir externo conforme algunos entienden que debe hacerse, con los que pueden cometerse yendo al cine, con el modo en que se debe cantar o estar en los cultos, con el peinado, con el hecho de que los hombres lleven pantalón corto, etc., mientras olvidan lo más importante de la ley, mientras olvidan el amor a los hermanos y no avanzan en el camino de la comunión!

## 2. Sexta bienaventuranza y sexto ay

***Bienaventurados los de limpio corazón*** [corazón puro], ***porque ellos verán a Dios***. Y al revés: «Desgraciados, ya desgraciados, los que no tienen el corazón limpio, porque no ven ni verán a Dios». Los de limpio corazón ya son felices porque el verdadero cristianismo está en el corazón, en la pureza del corazón. Y es por eso por lo que el Señor dice: ***Lava tu corazón de maldad para que seas salva*** (Jer 4:14).

Dios no tiene en cuenta al que levanta sus manos si estas no están limpias, y tampoco si el corazón no es limpio (cf. Sal 24:4-5; Lm 3:41; 1 Ti 1:5). El corazón debe ser puro, o limpio, en oposición a la mezcla, en oposición a un corazón dividido, en oposición a la contaminación y a la impureza, como el vino sin mezcla o el agua sin lodo, en oposición a la hipocresía. El corazón debe mantenerse puro de los ***deseos carnales*** (1 P 2:11), de todos los pensamientos y deseos impuros, de los deseos del mundo, de ***toda contaminación de carne y espíritu*** (2 Co 7:1), de todo lo que ***sale del corazón***, y ***contamina al hombre*** (Mt 15:18). Los ***corazones*** deben ser ***purificados*** por medio de la ***fe*** (He 10:22), y completos

para Dios; deben presentarse y preservarse **como una virgen pura a Cristo** (2 Co 11:2).

Y es por estas exigencias por lo que el que es limpio de corazón, repite una y otra vez con David: **Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio** [...] **Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado** (Sal 51:10, 2). **Afirma** [dame integridad, limpieza] **mi corazón para que tema tu nombre** (Sal 86:11). Es obvio que tiene que ser así, porque la única manera de que el corazón sea limpio es caer en la cuenta de que es impuro, y llorar por ello. Como hemos dicho, las bienaventuranzas van todas unidas, y así como los misericordiosos son pobres en espíritu, los de limpio corazón son los que lloran por sus pecados, y los mansos, como ya veremos, son los pacificadores.

Hermanos, no perdamos nunca de vista que al Señor le interesa el corazón, el estado de nuestro corazón, y no nuestro conocimiento intelectual de la Palabra, ni nuestras acciones externas, que nunca pueden compensar la falta de limpieza en el corazón. No podemos caer en la gran mentira del mundo, que piensa que los problemas se deben a las causas externas, al ambiente, a la economía, a la educación, a otras muchas cosas. El problema del mundo, y nuestro problema, está en el corazón, y el estado de este debe ser nuestra principal preocupación, porque, como dijera el profeta, **es engañoso y perverso, más que todas las cosas** (Jer 17:9).

Y ahora la bendición prometida, la cual es la mayor de las bendiciones: **Ellos verán a Dios**. Ya son felices, pero tendrán la felicidad completa al ver a su Dios. Ahora ya ven a Dios, tal como puede verse por medio de la fe en nuestra condición presente, y eso es un Cielo sobre la tierra; pero verlo como lo veremos en la condición futura, es el Cielo del Cielo. Verlo como es, cara a cara, y ya no más **por espejo, oscuramente** (1 Co

13:12); verlo como nuestro, y verlo y gozar de él; verlo y ser *semejantes a él* (1 Jn 3:2), y estar *satisfecho* con esa *semejanza* (Sal 17:15); y verlo para siempre, y no perder nunca la visión de él; esta es la felicidad del Cielo (*cf.* Sal 16:11).

Y esta visión presente y futura se promete a aquellos, y sólo a aquellos, que son *de limpio corazón*, los cuales son, al mismo tiempo, pobres en espíritu, y lloran por sus pecados, y son mansos, y tienen hambre y sed de justicia, y son misericordiosos. Nadie más excepto estos, los puros de corazón, pueden ver a Dios, porque *sin santidad nadie verá al Señor* (He 12:14). Pero es que, además, ¿qué felicidad sería esto para los impuros?; ¿qué placer podría tener un alma no santificada en la visión de un Dios santo? Del mismo modo que Dios no puede soportar mirar la iniquidad de ellos (*cf.* Hab 1:13), así ellos no pueden soportar mirar la pureza de Dios. *Ninguna cosa inmunda* entrará en la nueva Jerusalén (Ap 21:27); pero todos los que son *de limpio corazón* tienen deseos, grandes deseos, de la visión de Dios; y la gracia divina no dejará esos deseos insatisfechos.

Y ahora, de nuevo y rápidamente, la contrapartida: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio.* Aquí tenemos otra característica de la hipocresía religiosa, la cual se preocupa por todo lo externo, para que esté limpio, pero no se preocupa en absoluto por lo interno, por el corazón; la cual desea mostrarse ante de los hombres, pero no se preocupa de estar aprobada delante de Dios. Y esto lo ilustra el Señor con dos comparaciones: una en los versículos que consideramos, y otra en el siguiente ay; una con una vasija que se encuentra limpia por fuera pero sucia por

dentro, y otra con un sepulcro hermoso por fuera pero por dentro lleno de inmundicia e iniquidad. Solo nos detendremos en la primera.

Para los escribas y fariseos, para los hipócritas religiosos, su religión no pasa de ser un asunto de moral y de decencia. Tenían mucho cuidado de comer en vasos y platos limpios, pero no se preocupaban si esas comidas las obtenían por extorsión, devorando las casas de las viudas, o si comían o bebían en exceso. Y vemos, una vez más, la necedad de esta conducta. ¿Para qué sirve lavar el vaso por fuera, que solo se ve, si se queda sucio por dentro, por donde tiene que usarse? Es otro modo de mostrar la hipocresía: evitar los pecados escandalosos y visibles delante de las personas, aquellos que hacen que se pierda la reputación, pero permitir en los corazones los invisibles que convierten a uno en aborrecible ante el Dios puro y santo.

La conducta de los fariseos es limpiar lo exterior y olvidar lo interior, cosa que también se realiza cada vez que mostramos otra conducta, otro modo de hablar, otra piedad fingida, cuando estamos no solo con las personas en general, sino también con los hermanos, en compañía de ellos o en el culto. La hipocresía es el intento de aparentar ser piadoso, cuando se tienen *entrañas de maldad* (Sal 5:9). Porque somos ante Dios lo que somos interiormente. Y es fácil de entender, porque ¿qué diría un dueño acerca de su criado si lavara solo lo de fuera de los vasos y los platos y le presentara la comida o la bebida en utensilios llenos de suciedad por dentro?

El Señor vuelve a decir: *Fariseo ciego*, porque no hay nadie más ciego que aquel que es ajeno a las maldades de su propio corazón, en vez de ser enemigo de ellas, aquel que no ve, o no quiere ver, y no aborrece, el pecado secreto que está en su corazón. Conocemos el dicho popular que también

afirma esto: «No hay peor ciego que el que no quiere ver». Y la historia de la Iglesia ha mostrado y sigue mostrando que hay mucho más pecado oculto entre los hipócritas legalistas que entre los creyentes normales.

Y el Señor muestra la regla que se opone a esta práctica y que permite salir de la condenación. La regla es: ***Limpia primero lo de dentro***. Y esto debería ser la preocupación principal de todo cristiano: lavar el corazón, limpiarse de toda ***contaminación de carne y de espíritu*** (2 Co 7:1). Los afectos y las inclinaciones corruptas, las codicias secretas que se esconden en el alma, no vistas ni observadas, el rencor oculto, el orgullo que intenta disimularse, etc., estas deben mortificarse y someterse primero. Debe abstenerse conscientemente de aquellos pecados de los que solo el ojo de Dios es testigo, el cual ***escudriña*** el corazón (1 Cr 28:9; Ro 8:27).

***Limpia primero lo de dentro, primero***, lo cual implica que hay más cosas que limpiar. Pero si se toma el debido cuidado en esto, en lo interno, lo externo también se limpiará. Los motivos externos pueden mantener limpio lo de fuera, aunque lo de dentro siga sucio; pero si por la gracia renovadora y santificante se limpia primero lo interno, eso tendrá una influencia sobre lo externo, porque el principio mandatorio se encuentra en el interior. Si el corazón está bien cuidado, todo está bien, porque ***de él mana la vida*** (Pr 4:23; cf. Mt 15:19; Mr 7:21). Una persona será santa por fuera cuando lo sea por dentro, porque ***de la abundancia del corazón habla la boca*** (Lc 6:45).

Si el corazón y el espíritu son hechos nuevos, habrá una ***novedad de vida*** (Ro 6:4 LBLA; cf. 2 Co 5:17), y en ella debemos comenzar con nosotros mismos, con nuestros propios pecados. Limpiar primero lo de dentro, porque después trabajaremos seguros, cuando este sea nuestro primer trabajo.

(III)

Bienaventurados, felices, los misericordiosos y los de limpio corazón, porque alcanzarán misericordia, y la tendrán hasta tal punto que verán a Dios. Desgraciados e infelices los que se olvidan de la justicia, la misericordia y la fe, y quieren sustituirlas por sus diezmos en las pequeñas cosas, los que no se preocupan del estado de sus corazones ni de ciertos, quizá muchos, pecados que cometen y albergan, aunque aparenten ser muy piadosos.

¡Dios bendiga su Palabra para gloria de su nombre!

## BIENAVENTURANZAS Y AYES (IV)

25 de julio de 2018

Lectura introductoria: Isaías 1:4-6; Mateo 21:31-32

*¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! Dejaron a Jehová, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás. ¿Por qué querréis ser castigados aún? ¿Todavía os rebelaréis? Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite.*

*¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Dijeron ellos: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las ramera le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle.*

Vamos a concluir hoy lo que dijimos que sería un breve estudio acerca del *carácter del cristiano* descrito en las bienaventuranzas, y del modo en que podemos desviarnos mucho del mismo si no prestamos atención a las palabras del Señor que nos dice repetidamente que nos guardemos *de la levadu-*

**ra de los fariseos, que es la hipocresía** (Lc 12:1). Los bienaventurados son felices, aunque, de forma paradójica, son pobres en espíritu, y lloran, y son mansos, y tienen hambre y sed, y son misericordiosos, y de limpio corazón. Y serán más felices porque el Señor les promete el Reino, el consuelo, la tierra, ser saciados, la misericordia y el ver a Dios. Por contra, los hipócritas religiosos ya son desgraciados con su orgullo y soberbia, con su religión externa, con sus deseos de hacer seguidores, con su distinción entre los mandamientos de Dios, con su olvido de las cosas más importantes de la ley de Dios, con su distinción entre los pecados, y con su empeño en mirar lo de fuera, y preocuparse por ello, y olvidar los propios corazones. Y serán más desgraciados porque no entrarán en el Reino de los cielos, y recibirán mayor condenación, y el Señor los declara hijos del Infierno, insensatos y ciegos.

Hasta aquí hemos llegado. Hoy abordamos las bienaventuranzas séptima y octava y sus correspondientes ayes, siendo los que ocupan el último lugar en ambas listas a los que el Señor dedica mayor tiempo. Por tanto, sin más dilación, hacemos la lectura de la Palabra y pedimos la bendición de Dios.

***Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos. Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo [...]: Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros...***

*Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos [...] ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no habiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno? (Mt 5:1-2, 9-12; 23:1-2, 27-33).*

## **1. Séptima bienaventuranza y séptimo ay**

*Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.* O expresada al revés: «Desgraciados los contenciosos, querellosos, disputadores, porque ellos serán llamados hijos del diablo». De nuevo tenemos aquí una doble bendición explícita y una doble maldición implícita y, de nuevo, una muestra del verdadero carácter cristiano que se manifiesta en la conducta.

Los pacificadores ya son felices porque *la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía* (Stg 3:17). Primeramente, pura

—esto es, limpia—, y después, pacífica; primero limpios de corazón y después pacificadores, pues los bienaventurados felices son puros ante Dios y pacificadores ante los hombres y, con respecto a ambos, mantienen una *conciencia sin ofensa* (Hch 24:16).

¿Quiénes son los pacificadores? Podíamos decir muchas cosas, pero, fundamentalmente, señalamos dos: son aquellos que tienen una *disposición* apacible, una predisposición para la paz, y aquellos que tienen una *conducta* apacible, un modo de ser, hablar, y actuar, en paz, y por la paz y para la paz.

*La disposición apacible* lleva a tener un gran afecto por la paz, un gran deseo por la paz, una tendencia en el corazón a buscar y a hacer la paz, todo lo contrario de la forma de actuar de aquellos escribas y fariseos hipócritas, de los hipócritas religiosos, que siempre andan mirando *la paja en el ojo* ajeno para generar contiendas, olvidándose de *la viga en el propio ojo* (Mt 7:3-5). El que miente, por ejemplo, lo hace porque es dado a mentir, porque es adicto a mentir, porque le gusta y ama la mentira, porque no le genera ningún problema de conciencia ni remordimiento el practicar la mentira. De igual modo, el que es pacificador, ama, desea, busca y se deleita en la paz; está en ella como en su elemento, y sufre cuando falta la paz.

Evidentemente, si hay una disposición apacible, *la conducta apacible es la consecuencia*. La persona pacificadora es muy diligente para que, en lo posible, la paz no se rompa y se preserve, y todavía más diligente para recuperarla cuando se ha roto. La persona pacificadora escucha las propuestas de paz cuando le llegan, no las rechaza, y está dispuesta a hacer, y hace, propuestas de paz a los demás. El verdadero pacificador, el cristiano, hace todo lo que puede para la reconciliación cuando hay distancia entre los hermanos, entre

los vecinos o entre las personas. Es, por así decirlo, un reparador de brechas. ¡Qué contraria esta actitud a la de los hipócritas, que buscan la ocasión para fomentar la separación, las contiendas, para abrir las brechas y las heridas, que no tienen ninguna disposición para evitar que la paz se rompa, ninguna para la reconciliación una vez que la paz se ha roto! Unos, en la paz y por la paz, como pez en el agua. Otros, sin la paz y en contra de la paz, como cerdos en el barro. ¿Dónde nadas tú, hermano?

Fijémonos que la bienaventuranza no está dirigida al pacífico, al de poco carácter, al flojo o al indolente, sino al pacificador. Ser pacificador es *un oficio ingrato*, pues la suerte del que intenta separar en una contienda es tener golpes de ambos lados, y golpes de todo tipo: golpes bajos por la hipocresía, golpes en las partes más sensibles, donde más duelen, por aquellos que son expertos en la lucha, golpes grandes que pueden quebrar la mayor fortaleza, golpes contra el amor, golpes contra la confianza, golpes, en definitiva, que quebrantan el corazón, pues todos se resumen en que devuelven *mal por bien* (Sal 35:12; 109:5; Pr 17:13). Sin embargo, es *un buen oficio*, es el oficio del cristiano, al cual siempre debe estar dispuesto; no es solo el oficio de los ministros, sino de todos los cristianos, y la paradoja es, como en los casos anteriores, que el Señor dice que los pacificadores ya son felices.

Evidentemente, el que promueve las contiendas, o el que las alimenta o, simplemente, el que no trabaja por la paz, no puede tener el calificativo de pacificador. Y la situación se agrava cuando, por la hipocresía, las contiendas se promueven o se alimentan entre los hermanos. Esto dice Dios con respecto a ello: ***Seis cosas aborrece Jehová, y aun siete abomina su alma: Los ojos altivos, la lengua mentirosa, las***

***manos derramadoras de sangre inocente*** [fijémonos que son las características de los hipócritas religiosos que hemos venido analizando en días anteriores], ***el corazón que maquina pensamientos inicuos, los pies presurosos para correr al mal, el testigo falso que habla mentiras, y el que siembra discordia entre hermanos*** (Pr 6:16-29).

Esta bienaventuranza, como todas las anteriores, ha de darse, tiene que ser una realidad, en todo el que se llame cristiano, pues pueden existir personas que pasen desapercibidas, que no quieran meterse en problemas, que no promuevan contiendas, pero que no sean cristianas en absoluto. Algunos son de carácter pacífico por naturaleza, pero no son pacificadores, no tienen esa disposición ni actúan como tales.

Intentar hacer la paz cuando hay conflictos, mantener la paz cuando hay problemas, actuar como verdaderos hijos de paz cuando surge la provocación o la afrenta no es cosa fácil, pero el Señor dice que este es el carácter de los que ***serán llamados hijos de Dios***, carácter que ha de mostrarse en múltiples aspectos de la vida. Destaco uno por su importancia, y lo hago a forma de pregunta: ¿Cómo reaccionas, hermano o hermana, cuando te llegan noticias inesperadas que pueden afectarte, para mal, de algún modo? ¿Te olvidas entonces de lo que eres o dices ser? Las relaciones personales siempre son difíciles, y mantener la comunión con los hermanos también, pero el Señor aborrece al que siembra discordia entre hermanos, y los verdaderos hijos de Dios son pacificadores también en esta área de sus vidas.

Miremos dos ejemplos de la Escritura para concretar: uno el de José, el esposo de María, el otro el de Judá, uno de los hijos de Jacob. Del primero se dice: ***Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló***

*que había concebido del Espíritu Santo. José su marido, como era justo* [aquí *justo* es sinónimo de fiel creyente, bienaventurado, pacificador], *y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente* (Mt 1:18-19). No hace falta pensar mucho para apreciar la perplejidad de José, su preocupación, la decepción por parte de aquella a quien quería tanto, y tanto valoraba, y la sospecha por el pecado que podía haber cometido. Esto sucede a veces, tanto en la Iglesia como fuera de la Iglesia: engañados por quienes menos pensábamos, defraudados por quienes creíamos que eran mejores, decepcionados por aquellos de quienes más esperábamos. Y la ley decía en este caso que si una mujer virgen desposada se prostituía tenía que ser apedreada hasta la muerte (Dt 22:23-24). Pero José era justo, pacificador, y quizás con la oración a Dios del salmista, que dice: *Pon guarda a mi boca, oh Jehová; Guarda la puerta de mis labios* (Sal 141:3), intentó dejarla en secreto y no exponerla a la vergüenza pública. Así mostró lo que era.

En cuanto a Judá, podemos recordar el episodio con su nuera. Sin saber que lo era, mantuvo relaciones sexuales con ella, pero *sucedio que al cabo de unos tres meses fue dado aviso a Judá, diciendo: Tamar tu nuera ha fornicado, y ciertamente está encinta a causa de las fornicaciones*. El caso era parecido al de José, pero su reacción fue la del hipócrita violento. Su propio pecado no importaba, ni la relación familiar, pero ante la noticia: *Judá dijo: Sacadla, y sea quemada* (Gn 38:24). Así mostró también lo que era.

*Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad* (Fil 4:8). ¡Hermanos, es necesario que haya más deliberación, que pensemos un poco

más en nuestras censuras y juicios, cuando juzgamos y condenamos, que tengamos más moderación, más misericordia, y mostremos el carácter pacificador que se espera de nosotros! Hemos de ser más benévolos con los que se encuentran bajo sospecha, y *si alguno fuere sorprendido en alguna falta*, ha de ser restaurado *con espíritu de mansedumbre* para que el que restaura no sea tentado (Gá 6:1).

¡Qué lejos del espíritu cristiano es el de aquel que rápidamente «corta cabezas», el de aquel que, por su soberbia u orgullo, se mantiene en su falta de paz, por encima de todo y por encima de todos, e incluso por encima del propio Dios!, que dice: *En cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres* (Ro 12:18). Del cristiano no puede decirse, ni puede continuar diciéndose, lo que Saúl dijo de Goliat: «Es *un hombre de guerra desde su juventud*» (1 S 17:33), ni lo que el ángel dijo a Agar acerca del hijo Ismael que había concebido: *Será hombre fiero; su mano será contra todos, y la mano de todos contra él* (Gn 16:12).

Los pacificadores, a pesar de los golpes que reciben, son felices porque tienen *la gran satisfacción* interna de haber trabajado por mantener la paz y de ser realmente serviciales a los demás al disponerlos para la paz, y *la gran recompensa*, a veces, de conseguir esa paz. Son bienaventurados porque trabajan junto a su Señor, que vino al mundo a matar *las enemistades* (Ef 2:16), y a proclamar *en la tierra paz* (Lc 2:14).

Y son bienaventurados porque hay para ellos una promesa: *Serán llamados hijos de Dios*. Por ser pacificadores, ya tienen una evidencia en ellos mismos de que son hijos de Dios, pero Dios los reconocerá como tales, y en esto, como dijimos el día anterior respecto a la misericordia, se parecen a Dios, al *Dios de paz* (Ro 15:33; 16:20; 2 Co 13:11; Fil 4:9; 1 Ts 5:23; He 13:20), al Hijo de Dios, el *Príncipe de paz* (Is

9:6), al Espíritu de adopción, al Espíritu de paz (cf. Ro 8:6; 14:17; Ef 4:3). Y puesto que Dios es un Dios de paz y reconciliación, no reconoce ni reconocerá como hijo suyo al que no olvida las afrentas y es implacable en su enemistad con los demás. Los pacificadores son bienaventurados, ¡pero ay de aquellos que rompen la paz! La fe cristiana no se reconoce por el fanatismo, por el orgullo, por la incapacidad de perdonar, o por el carácter irreconciliable de sus adherentes, sino por su mansedumbre, misericordia y carácter pacificador.

Veamos ahora la contrapartida, la cual, aunque, como dijimos el día anterior, está más relacionada, por el contraste, con la bienaventuranza de los limpios de corazón, también tiene relación con la falta de carácter pacificador, pues ambas cosas van unidas, tanto para lo bueno como para lo malo: ***¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad (cf. 2 S 20:9-10).***

Los que no son limpios de corazón ni tampoco pacificadores, pero se consideran cristianos, se comparan a ***sepulcros blanqueados*** (hoy diríamos sepulcros pintados y embellecidos), los cuales, aunque sirven para llamar la atención de unos, porque están hermoeados por fuera, también sirven para que las personas sabias y buenas se aparten de ellos, porque son sepulcros. Una vez más el Señor dice que la intención de esos hipócritas religiosos era mostrarse ***justos a los hombres***, ser admirados por ellos, pero sus adornos eran como los de una tumba, ***por dentro llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia***, y también ***por dentro llenos***

**de hipocresía e iniquidad.** ¿Pero para qué servirá que otros consiervos estén de nuestro lado o nos feliciten si nos falta la palabra del Señor, que dice: **Bien, buen siervo y fiel** (Mt 25:21,23), porque hemos sido hipócritas, y no pacificadores?

Llegará el día en que todas las tumbas se abrirán, y también se abrirán estos sepulcros blanqueados, y serán examinados, y esos huesos de muertos **se sacarán, y serán como estiércol sobre la faz de la tierra** (Jer 8:1-2). Porque **Dios juzgará** no las apariencias, sino **los secretos de los hombres** (Ro 2:16). Y habrá entonces poco consuelo para los que no han sido pacificadores, porque, al no ser llamados ni considerados hijos de Dios, tendrán **su parte con los hipócritas** (cap. 24:51), poco consuelo y mayor condenación, aunque fueron admirados y aplaudidos por otros hijos del Infierno.

## 2. Octava bienaventuranza y octavo ay

**Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia.** Esta es la mayor paradoja de todas: bienaventurados, felices, **los que padecen**. Si el Señor solo dijera esto, sería falso, pues también padecen los que están en las cárceles o condenados a muerte a causa de sus crímenes, y los que padecen de muy distintas formas a causa de sus muchos pecados. Pero añade: **Padecen [...] por causa de la justicia**, lo cual equivale a (y lo dice por partida doble para que sus discípulos no tengan duda en esto) **padecen [...] por mi causa**. El Señor los llama felices, pero también indica, para que no se olvide, que sus discípulos van a contar con más problemas y aflicciones que los demás por el simple hecho de serlo. Fijémonos también que hay un cambio de persona, pues ya no dice, en general, **bienaventurados los...**, sino **bienaventurados sois**.

Como dice el escritor de Hebreos, *el tiempo me faltaría contando* (He 11:32) acerca de la enemistad de la simiente de la serpiente contra la simiente santa, desde el tiempo de Abel hasta nuestros días. Los creyentes siempre han sido perseguidos, buscados, derribados, despreciados como *la escoria del mundo* (1 Co 4:13), multados, encarcelados, desterrados, despojados de sus propiedades, azotados, atormentados, entregados a la muerte y contados *como ovejas de matadero* (Ro 8:36). Siempre ha sido así, pero el Señor dijo que sería mucho más con la Iglesia cristiana, y hemos de tenerlo presente para que, cuando nos suceda (*cf.* 1 P 4:14-19), no pensemos que es algo extraño (*cf.* 1 Jn 3:13).

También dice el Señor que los suyos serán vituperados, es decir, se hablará mal de ellos para que otros los odien, se dirá que son malos para que otros los ataquen, y se les vestirá con pieles de lobos para que otros los maten. Y esto, fundamentalmente, por parte de aquellos hipócritas religiosos que, siendo lobos, van vestidos con pieles de ovejas (*cf.* Mt 7:15). Dirán *toda clase de mal contra vosotros mintiendo*: a veces delante de los jueces, como testigos; a veces en *silla de escarneedores* (Sal 1:1), cuando estén contentos; a veces, a sus espaldas, como los enemigos de Jeremías; y a veces, con toda desfachatez, en sus propias caras, como *Simei* maldijo a David (2 S 16:7-13).

Y todo esto es por causa de Cristo, por causa de la justicia, porque los hipócritas son enemigos de Cristo y enemigos de la justicia. El pretexto será otro, la explicación que darán será otra, la justificación de sus conductas de persecución serán otras, pero todo vendrá porque son enemigos de Cristo, *enemigos de la cruz de Cristo*, y rechazan el carácter que Cristo demanda y describe en las bienaventuranzas (Fil 3:18-19).

Pero, a pesar de todo, son bienaventurados, porque es un honor y un gozo para ellos sufrir por Cristo (*cf.* Hch 5:41; 1 P 4:12-16)), y saben que esos sufrimientos, y no otros, son una oportunidad que el mismo Cristo les da para que lo glorifiquen, para que hagan el bien, y para que puedan experimentar consuelos especiales, virtudes especiales, y su presencia de forma especial (*cf.* 2 Co 1:5; Dn 3:25; Ro 8:29).

Y serán más bienaventurados porque ***de ellos es el reino de los cielos*** (v. 10), porque ya tienen el título y el derecho al Cielo, y lo saben porque tienen sus anticipos, y porque su ***galardón es grande en los cielos***, grande para recompensar los trabajos y los sufrimientos, grande y mucho mayor que estos. Y así, como el mismo Señor, perseveran, a pesar de los sufrimientos, por este ***gozo puesto delante de ellos*** (He 12:2).

Y, para que a todos los cristianos nos sirva de consuelo, el Señor dice: ***Porque así*** [así como a vosotros, de la misma forma que a vosotros] ***persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros*** (v. 12). La persecución es la misma, pero ellos fueron ***antes de vosotros***. ***Antes de vosotros*** en excelencia, por encima de vosotros en cuanto a santidad y entrega; y ***antes de vosotros*** en el tiempo, para que fueran ejemplos para vosotros de ***aflicción y de paciencia*** (Stg 5:10). Fueron, de la misma forma, perseguidos y maltratados, y no podemos esperar ir al Cielo por un camino distinto al de ellos. Si de Isaías se burlaron por su ***línea sobre línea*** (Is 28:10,13), y de Eliseo hasta por su calvicie (*cf.* 2 R 2:23), no os sorprendáis de ello como ***cosa extraña*** (1 P 4:12-13), ni murmuréis de ello como cosa dura que Dios permite en vuestras vidas. Es un consuelo ver que el camino del sufrimiento es una calzada pisada, y es un honor seguir a tales líderes, y seguir, cómo no, al propio Señor. La ***gracia*** que fue

**suficiente** para ellos (2 Co 12:9) no será deficiente para nosotros. Los que son nuestros enemigos son la descendencia y sucesores de aquellos que de antiguo se burlaron de los mensajeros del Señor (cf. 2 Cr 36:16; Hch 7:52).

Y ahora, finalmente, la contrapartida, cuando el Señor se dirige a los que, con su hipocresía religiosa, perseguían y han perseguido siempre a los verdaderos cristianos. Así lo dijo: ***Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo*** [acababa de hablar a los suyos de que serían aborrecidos]. ***Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios*** (Jn 16:1-2).

El Señor se dirige a los hipócritas, y termina con su sentencia: ***¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos*** [tumbas] ***de los justos, y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no habiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. Así que daís testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?***

¿Cómo se manifestaba la hipocresía religiosa en este aspecto? Fingiendo un trato bueno a los profetas muertos y desaparecidos, pero aborreciendo y persiguiendo a los que estaban presentes. Pero puesto que el que toca a los hijos de Dios toca ***a sus ungidos*** (1 Cr 16:22; Sal 105:15), y ***toca a la niña de su ojo*** (Zac 2:8), el Señor habla de este asunto más extensamente que de los anteriores. Aquellos honraban las reliquias, edificaban los sepulcros y adornaban las tumbas (más bien que «monumentos») de aquellos profetas que, durante su vida, tuvieron que soportar ***toda clase de mal*** y

que hablaran de ellos falsamente (Mt 5:11-12). Y siempre ha sido así en la Iglesia del Señor: falsos creyentes que dicen honrar a los grandes cristianos del pasado, a los grandes predicadores que ya han muerto, porque no los reprenden ni les hablan acerca de sus pecados. Leen sus escritos, pero los soportan muy bien porque con ellos no se sienten tan reprendidos como lo están por los que les hablan de viva voz; respetan a los muertos que les dicen lo que deberían ser, pero no a los vivos, que les dicen lo que son, ejemplo extremo de lo cual lo tenemos en la Iglesia católica romana, la cual, después de matar a muchos mártires, los ha hecho sus santos.

Aquellos hipócritas religiosos se defendían diciendo: ***Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices*** (v. 30); esto es, por ejemplo, nunca hubiéramos consentido que se silenciara a Amós (cf. Am 7:12), o que se encarcelara a Micaías (cf. 1 R 22:26-27), o que se pusiera a Hanani en el cepo (cf. 2 Cr 16:7-10), o a Jeremías en el calabozo (cf. Jer 20:2-3; 33:1; 37:15-16; 38:6), ni el apedreamiento de Zacarías (cf. 2 Cr 24:20-21), etc. Y, sin embargo, estaban en aquel tiempo tramando el asesinato de Cristo, de quien todos los profetas dieron testimonio.

Muchos piensan y hablan de modo similar: «Si tuviera las tentaciones de otros, las resistiría», pero no resisten aquellas en las que se encuentran; «si hubiera vivido en los días de Cristo, y hubiera visto y oído tantas cosas, lo habría seguido con obediencia completa», pero no prestan atención ahora a su Palabra, ni a sus ministros ni a su Espíritu. Son los que dicen que Acab y Jezabel fueron malos para con Elías, pero ellos se comportan en sus días como Herodes y Herodías con Juan el Bautista, cortando cabezas. Se hunden en la corriente de los pecados de sus propios días, pero se engañan diciendo

que hubieran nadado contracorriente de los pecados de los días pasados.

Y el Señor, a los que hablan así, les dice: ***Dais testimonio contra vosotros mismos*** (v. 31), pues él conoce los corazones, y aquellas excusas no les servirían para nada bueno, antes bien, solo para aumentar su condena. Conocían lo que habían hecho sus antepasados, y reconocían la maldad en ellos, pero hacían lo mismo (cf. Ro 1:32-2:1). Eran los hijos de aquellos que mataron a los profetas, no solo por descendencia carnal, sino por espíritu y disposición, y tenían los deseos de su ***padre el diablo*** (Jn 8:44), como no puede ser de otro modo en los que son ***hijos del infierno***. Eran —como ya dijera Isaías— una ***generación de malignos*** (Is 1:4), y el Señor emite sentencia contra ellos, la cual es para que todo el mundo medite en ella y tiemble.

Cristo los entrega a sus pecados como ***incorregibles***: ***Llenad la medida de vuestros padres*** (v. 32). Si ***Efraín es dado a ídolos***, y aborrece ser reformado, ***déjalo*** (Os 4:17). ***El que es inmundo, sea inmundo todavía*** (Ap 22:11). Cristo sabía que estaban ahora contribuyendo a su muerte, y que, en unos pocos días, la efectuarían; «Bien —dice—, continuad con vuestro plan, tomad vuestra maldición, andad en el camino de vuestros corazones y a la vista de vuestros ojos, y ved lo que vendrá de ello. ***Lo que vas a hacer, hazlo pronto*** (Jn 13:27 LBLA). No hacéis sino llenar la medida de culpa». Hay una medida de pecado que se llena antes de que venga el juicio de Dios. Dios soporta con paciencia a personas, familias, iglesias y naciones, pero llega el día cuando no puede soportarlo más, cuando se llena, como en la antigüedad, la medida de los amorreos (cf. Gn 15:16), y descarga ***la ira hasta el extremo*** (1 Ts 2:15-16). Y los hijos llenan las medidas de los pecados de sus padres si siguen en los mismos pe-

cados y en sus pisadas. Y es justo que Dios entregue a las **concupiscencias de sus** propios **corazones** a aquellos que obstinadamente persisten en ello (Ro 1:24), que deje correr hacia el precipicio a los que no quieren pararse. Y esta es una condición triste.

Pero todavía es peor que Cristo los entregue a la ruina como *irrecuperables*, a una ruina en el otro mundo: **¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?** (v. 33). ¡Qué palabras tan extrañas y tan tremendas, procedentes de la boca de Cristo, en cuyos **labios la gracia se derramó** (Sal 45:2)! En ellas resume los ocho ayes que había pronunciado. Los describe como **serpientes**, personas apegadas a la tierra, alimentándose del polvo, con bonita apariencia, pero malos interiormente y con veneno debajo de sus lenguas, como la simiente de la antigua serpiente. Y los llama **generación de víboras** porque eran adversarios envenenados, enfurecidos y rencorosos contra Cristo, su evangelio, sus ministros y sus discípulos. Querían que los hombres los llamaran **Rabí**, (v. 8), pero Cristo los llama **serpientes** y **víboras**, porque estos eran sus nombres.

Y termina pronunciando la sentencia: **¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?** Cristo predicó acerca del Infierno y de la condenación, y sus ministros han de hacerlo, aunque por ello sean también perseguidos. Hay un modo de escapar de esa condena, y es por medio del arrepentimiento y la fe, pero los orgullosos hipócritas rechazan ser como los bienaventurados: pobres, mansos, misericordiosos, pacificadores, etc. **Los publicanos y las ramerás**, conscientes de sus pecados, acudían al Médico, pero no los que iban camino del Infierno pensando que andaban hacia el Cielo.

¡Dios bendiga su Palabra y nos lleve, una y otra vez, a ver nuestra mucha o poca hipocresía, la actual y la que tuvimos,

y al arrepentimiento, para ser bienaventurados! ¡Pidámosle esto, para gloria de su nombre!

FIN